



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales  
Grado en Relaciones  
Internacionales

Trabajo Fin de Grado

Intereses e ideología en la  
negociación del acceso de  
Turquía a la Unión  
Europea

Estudiante: Paula Amón Buj

Director: Francisco Javier Lion Bustillo

Madrid, junio 2019

La diferencia entre una  
democracia y una dictadura  
consiste en que en la  
democracia puedes votar  
antes de obedecer las  
órdenes.

Charles Bukowsky

# ÍNDICE

<b>1. INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>1</b>
<b>1.1. LA EVOLUCIÓN POLÍTICA EN TURQUÍA BAJO EL GOBIERNO DEL AKP</b> .....	<b>1</b>
<b>1.2. LA RELACIÓN ENTRE TURQUÍA Y LA UNIÓN EUROPEA</b> .....	<b>2</b>
<b>2. FINALIDAD, MOTIVOS Y METODOLOGÍA</b> .....	<b>5</b>
<b>3. MARCO TEÓRICO</b> .....	<b>7</b>
<b>3.1. REALISMO ESTRUCTURAL</b> .....	<b>7</b>
3.1.1. <i>Realismo defensivo</i> .....	<b>8</b>
3.1.2. <i>Realismo ofensivo: El «bandwagoning» y el estado revisionista</i> .....	<b>9</b>
<b>3.2. LA TEORÍA CONSTRUCTIVISTA</b> .....	<b>17</b>
<b>3.4. LA UNIÓN EUROPEA Y EL PODER NORMATIVO</b> .....	<b>21</b>
<b>4. ESTADO DE LA CUESTIÓN</b> .....	<b>23</b>
<b>4.1. TURQUÍA COMO UNA POTENCIA REVISIONISTA</b> .....	<b>23</b>
<b>4.2. EUROPA Y TURQUÍA: ¿UN CONFLICTO IDENTITARIO?</b> .....	<b>26</b>
<b>4.3. IDENTIDAD CÍVICA E IDENTIDAD CULTURAL</b> .....	<b>31</b>
<b>5. CAPÍTULO I: KEMALISMO Y ORIENTACIÓN HACIA OCCIDENTE</b> .....	<b>36</b>
<b>5.1. EL CONTEXTO KEMALISTA</b> .....	<b>36</b>
5.1.1. <i>El trauma de Sévres y el tratado de Lausana</i> .....	<b>36</b>
5.1.2. <i>El legado kemalista: secularismo y autoritarismo</i> .....	<b>37</b>
<b>5.3. EUROISLAMISMO</b> .....	<b>39</b>
5.3.1. <i>Los primeros años del AKP</i> .....	<b>39</b>
5.3.2. <i>Las reformas y el camino hacia la Unión Europea</i> .....	<b>41</b>
5.3.3. <i>Los años dorados de la relación turco-europea</i> .....	<b>44</b>
<b>6. CAPÍTULO II: EL VIRAJE DE TURQUÍA HACIA ORIENTE MEDIO</b> .....	<b>45</b>
<b>6.1. LA NUEVA POLÍTICA EXTERIOR DE TURQUÍA</b> .....	<b>45</b>
<b>6.2. LAS PRIMAVERAS ÁRABES</b> .....	<b>48</b>
<b>6.3. LA RECAÍDA DE TURQUÍA (2013 – 2019)</b> .....	<b>49</b>
<b>6.4. LA CUESTIÓN DE CHIPRE</b> .....	<b>52</b>
<b>6.5. LA OPOSICIÓN GANA FUERZA</b> .....	<b>53</b>
<b>6.6. EL ACUERDO DE MIGRACIÓN Y LA RECIENTE CRISIS DE REFUGIADOS EN LA FRONTERA GRECO-TURCA</b> .....	<b>55</b>
<b>7. CONCLUSIONES</b> .....	<b>59</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	<b>62</b>

## ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

<b>ILUSTRACIÓN 1</b> .....	<b>14</b>
----------------------------	-----------

## 1. INTRODUCCIÓN

### **1.1. La evolución política en Turquía bajo el gobierno del AKP**

Durante una década, Turquía fue aclamada como una democracia en progreso, una economía emergente con impresionantes tasas de crecimiento y un asertivo poder regional. El Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), ganador de tres elecciones generales consecutivas en 2002, 2007 y 2011 con mayorías abrumadoras, ha jugado un papel clave en el éxito del país. La «Era del AKP» ha sido testigo de profundas transformaciones en la política, sociedad y economía turcas. Se trata de un partido conservador que promueve los valores religiosos y las políticas orientadas al mercado. Está dirigido por Recep Tayyip Erdoğan –el líder turco más carismático desde Mustafa Kemal– quien transformó Turquía en un sistema político estable y en un mercado dinámico que atrajo enormes inversiones internacionales como nunca antes. El país alcanzó una amplia mejora en sus condiciones de vida, así como el acceso al bienestar e infraestructuras. Además, el AKP permitió la emergencia en la esfera pública, que durante décadas había estado dominada por la ideología Kemalista, de los principales segmentos de turcos conservadores y provinciales que se rigen por los valores religiosos tradicionales.

En el plano regional, Turquía se ha convertido en uno de los actores más influyentes en Oriente Medio. El dinamismo de su política exterior de la mano de un modelo económico orientado hacia la exportación, el acceso a una amplia gama de nuevos mercados y la diversificación de sus socios comerciales permitió a Turquía mejorar significativamente su posición en el escenario internacional. El AKP también debe llevarse el mérito por acercar al país a su objetivo de adhesión de la Unión Europea, comenzando las negociaciones a finales del 2005. No obstante, este brillante panorama no se ajusta del todo a la situación actual. Después de 2007, el proceso de reforma empezó a perder fuelle, ya que el partido dirigente comenzó a centrarse más en fortalecer su poder. De este modo, el AKP fue contrarrestando de forma progresiva lo que denominó como el «estado profundo» y dejó de lado a sus oponentes nacionales.

Al mismo tiempo, surgen dificultades en las negociaciones de acceso a la UE. En este sentido, la UE pierde poder como punto de referencia en el impulso de las reformas democráticas, así como el apoyo de la población a la adhesión disminuye. La política y la sociedad turcas se vieron cada vez más caracterizadas por la polarización. Al mismo tiempo, aumenta la disidencia nacional tras las elecciones generales de 2011, cuando el AKP consolidó su régimen de «gobierno de la mayoría», desatendiendo e ignorando cualquier forma de disidencia. En 2014 Erdoğan se presenta a las elecciones generales y lanza un mensaje claro sobre su idea de la nueva Turquía, en la que pretende diseñar un nuevo sistema político y unas nuevas instituciones. Esto se ve claramente reflejado con el cambio al sistema presidencialista, aprobado en un referéndum muy controvertido en 2017, que ha dado paso a un gobierno que controla prácticamente todos los poderes.

Además, las expectativas iniciales del papel del AKP como reconciliador del Islam y la democracia, mediante una democratización del estado turco y su secularismo, no se han cumplido. El partido ha evolucionado en la dirección contraria y ha ido adquiriendo tintes cada vez más religiosos y conservadores, que se han visto reflejados especialmente en el ámbito educativo. El AKP ha conducido cambios relevantes respecto a las libertades públicas religiosas. Sin embargo, también ha fortalecido el rol de las instituciones religiosas del Estado en el ámbito social y político sin que estas sean necesariamente más representativas de todos los grupos religiosos existentes.

Este trabajo analiza los altibajos que se han producido en la relación entre Ankara y Bruselas en las dos últimas décadas, argumentando que a pesar de que no haya futuras perspectivas de acceso a la UE, ambas partes tienen un gran interés por mantener las negociaciones en curso sobre su cooperación. En esta evolución, se estudiarán los cambios producidos en el gobierno turco y su viraje hacia un cada vez más claro neootomanismo y autoritarismo.

## **1.2. La relación entre Turquía y la Unión Europea**

Turquía probablemente represente el mayor desafío al que se deberá enfrentar la Unión Europea en los próximos años en el marco de su estrategia de ampliación. El

Estado turco, sucesor del Imperio otomano, cuya principal herencia cultural y religiosa es el Islam, es el país más poblado y más importante en términos estratégicos y económicos de la periferia de la UE. Su adhesión implicaría importantes cambios institucionales y un cambio en el equilibrio de poder dentro de las instituciones europeas, así como también supondría un gran desafío para la política exterior y de seguridad común de la Unión. Los factores que han dado forma y que continúan moldeando las relaciones entre Ankara y Bruselas son diversos: económicos, políticos, identitarios, religiosos y de seguridad, entre otros, y deben ser tenidos en consideración a la hora de analizar la dinámica de esta larga, compleja y, en ocasiones, complicada relación.

No hay duda de que Turquía – que ocupa una posición geográfica y económica de gran interés estratégico para la UE– en las últimas décadas ha despertado y continúa despertando un gran interés entre las distintas potencias de su periferia. En lo que respecta a las relaciones turco-europeas, Ankara y Bruselas firmaron su primer Acuerdo de Asociación en 1963 (Emre Çakir, 2011), que entró en vigor en 1964 (Hubel, 2004). Esta larga relación, que no ha llegado a culminar con el ingreso de Turquía, demuestra que existe un interés recíproco desde el punto de vista político y económico. Numerosos factores han moldeado el camino de la candidatura turca a la adhesión y han hecho que esta sea impensable en estos momentos. La resistencia ejercida por algunos partidos democristianos europeos –como la Unión Demócrata Cristiana de Alemania, dirigido por la Canciller Angela Merkel, o la Unión por un Movimiento Popular del expresidente francés Nicolas Sarkozy–, la crisis institucional y económica que ha sufrido la UE durante los últimos años o la reciente salida de Reino Unido representan algunos de esos factores. En este sentido, como señalan Yildiz y Muller (2008), Turquía ha ido avanzando hacia su ingreso en la UE con un complejo telón de fondo en varias cuestiones:

La preocupación por el ingreso de Turquía en la UE se atribuye, en parte, a su tamaño y subdesarrollo. Si continúan las actuales tendencias demográficas, que prevén que Turquía cuente con la mayor población entre los estados miembros de la UE en 2025, el Estado turco obtendría el mayor número de votos en el Consejo Europeo. Sin embargo, la renta per cápita equivale únicamente a un tercio del promedio de los Estados

miembros de la UE en Europa Occidental aproximadamente, lo que supondría una tensión sustancial en los recursos de la UE (Yildiz & Muller, 2008).

Gracias a la política del «palo y la zanahoria»<sup>1</sup> (Ferrero-Waldner, 2006), aplicada por la UE en sus relaciones exteriores, y su sistema de condicionalidad<sup>2</sup> con sus socios terceros, que implica un poder asimétrico, Bruselas ha desempeñado un papel significativo en las reformas realizadas en Turquía en la década del 2000. Estas reformas fueron conducidas en el marco del proceso de negociación entre Bruselas y Ankara para la adhesión de Turquía a la Unión. No obstante, este proceso de armonización con la política europea ha comenzado a revertirse en la última década –en la que la política exterior turca ha optado por un nuevo horizonte, Oriente Medio– mientras a nivel nacional existe un creciente autoritarismo. Esto unido a otras circunstancias, que serán explicadas en el cuerpo del trabajo, han ido elevando la complejidad de la relación turco-europea hasta la actualidad.

<sup>11</sup> Esta expresión hace referencia a una política en la que se ofrecen recompensas y castigos para inducir un comportamiento concreto. Se denomina así en referencia a un conducto de carros que colgaba una zanahoria delante de una mula y sostenía un palo detrás de ella. (Skelton, 2015)

<sup>2</sup> Concepto que «surgió en el marco de los estudios internacionales de la posguerra mundial como explicación de las relaciones entre las organizaciones internacionales y los países subdesarrollados» (Cengiz & Hoffmann, 2012)

## 2. FINALIDAD, MOTIVOS Y METODOLOGÍA

Este trabajo aborda un repaso de la evolución histórica de la –hasta ahora fallida– demanda de ingreso de Turquía en la Unión Europea desde la llegada al poder del AKP. El objetivo principal de la investigación es determinar si el fracaso del acceso de Turquía a la UE ha respondido a una visión realista, basada en los intereses europeos, o constructivista, basada en identidades diversas.

Los objetivos del trabajo consisten, en primer lugar, en analizar la transformación política que ha experimentado Turquía desde la llegada al poder del AKP y como, en consecuencia, esto ha supuesto un gran cambio en la identidad turca. En segundo lugar, examinaremos la figura del actual presidente Recep Tayyip Erdoğan como propulsor del viraje del país hacia el autoritarismo y del impulso de la ideología Neo-otomana. En tercer lugar, estudiaremos la evolución de las relaciones turco-europeas en la que se distinguen dos grandes fases. Por un lado, analizaremos la aproximación del Estado turco a la Unión Europea y a sus principios fundamentales. Por otro lado, estudiaremos el distanciamiento que se ha producido entre ambos. Por último, explicaremos en que punto se encuentra la relación actual y, en concreto, nos centraremos en el acuerdo migratorio como eje determinante de esta.

El trabajo pretende dar respuesta a los siguientes interrogantes:

- ¿Por qué Turquía ha cambiado de forma radical su política exterior?
- ¿Por qué se han estancado las relaciones entre Turquía y la Unión Europea?
- ¿Qué papel juega la figura de Erdoğan en la política exterior turca?
- ¿Qué importancia tiene el acuerdo de migración entre la Unión Europea y Turquía en su relación actual?
- ¿Cuál es el futuro de la relación turco-europea?

Entre los motivos que han impulsado esta investigación, cabe destacar los recientes acontecimientos en la frontera greco-turca en relación a la crisis de refugiados que ponen de manifiesto el poder que tiene Turquía sobre la Unión Europea en este



ámbito, así como las consecuencias que podrían tener lugar en un futuro próximo. Esto genera nuevos planteamientos sobre el futuro de la relación que aún no han sido estudiados. En este sentido, resulta interesante cuestionar la gestión de la relación por parte de la Unión Europea que, en un primer momento, gozó de una clara influencia sobre la nación turca. No obstante, como veremos a lo largo del trabajo, las tornas han cambiado, precisamente, como resultado del acuerdo migratorio.

Además, este trabajo permite adoptar un enfoque práctico mediante un caso real, como es el de Turquía, de las teorías de las relaciones internacionales estudiadas a lo largo de la carrera y determinar su eficacia a la hora de explicar el distanciamiento que se ha producido entre el estado Turco y la Unión Europea así como descubrir a que intereses ha favorecido el mismo.

Por último, el hecho de que Erdoğan haya ejercido un papel clave en la transformación del país en los últimos veinte años plantea la incógnita de cómo será el futuro turco sin él al mando, especialmente teniendo en cuenta la fuerza que ha ganado la oposición recientemente en las principales ciudades del país.

En lo que respecta a la metodología de estudio, primero se presentan diferentes teorías de las relaciones internacionales, que más tarde serán aplicadas al caso turco. El cuerpo de la investigación consiste en un análisis de la transformación del país durante los últimos veinte años, así como de su relación con la Unión Europea, para el cual se hará uso de fuentes principalmente secundarias. Finalmente, la conclusión pretende dilucidar a que teorías ha obedecido la evolución de la relación entre estos dos actores y cómo explican su tendencia al estancamiento en lo relativo al posible ingreso de Turquía en la UE.

### 3. MARCO TEÓRICO

#### 3.1. Realismo estructural

El realismo estructural, o neorealismo, es una teoría de las relaciones internacionales que defiende que el poder es el factor más importante en ellas. Esta teoría fue definida por primera vez por Kenneth Waltz en su obra de 1979 *Teoría de la Política Internacional*, en la que divide el realismo estructural en dos categorías: realismo ofensivo y realismo defensivo. El realismo estructural mantiene que la naturaleza de la estructura internacional está definida por su principio de ordenación, la anarquía, y por la distribución de las capacidades (que se mide por el número de grandes potencias del sistema internacional).

El principio de ordenamiento anárquico de la estructura internacional está descentralizado, lo que significa que no existe una autoridad central formal. Por una parte, el realismo ofensivo considera que el poder y la influencia son dos elementos centrales de la estrategia destinada a lograr la seguridad mediante la dominación y la hegemonía. Por otra parte, el realismo defensivo afirma que la estructura anárquica del sistema internacional alienta a los estados a mantener unas políticas moderadas y cautelosas para lograr la seguridad. En este sentido, el realismo defensivo sostiene que la expansión agresiva que promueven los realistas ofensivos altera la tendencia de los estados a ajustarse a la teoría del equilibrio de poder. Esto afecta al objetivo principal del estado: garantizar su seguridad. El realismo defensivo no niega la realidad de los conflictos interestatales ni que existan incentivos que incentivan la expansión de los estados. No obstante, estos incentivos tienen un carácter esporádico. Asimismo, el realismo defensivo señala que los «modificadores estructurales» como el dilema de seguridad, la geografía y las creencias de las élites se encuentran en el origen del estallido de los conflictos (Lobell, 2010).

Los partidarios del realismo defensivo y los propulsores del realismo defensivo también toman diferentes perspectivas en lo que respecta la naturaleza anárquica del sistema internacional. Por un lado, para los realistas ofensivos la anarquía presente en

el sistema internacional empuja a los estados a maximizar su influencia, a competir por el poder en una lucha interminable por la hegemonía y a participar en la expansión territorial. Por otro lado, para los realistas defensivos, la anarquía alienta a los estados a adoptar estrategias defensivas, moderadas y restringidas (ver Jervis 1979; Van Evera 1984; 1999; Gaddis 1987; Walt 1987; Snyder 1991; Glaser 1994/5; Lynn-Jones 1995; Taliaferro 2000/01).

### 3.1.1. Realismo defensivo

Para los realistas defensivos, el conflicto es necesario en determinadas ocasiones, cuando un estado se enfrenta a un estado agresor, cuando su seguridad se encuentra amenazada o cuando las diferencias entre estados son irreconciliables. Por norma general, los realistas defensivos consideran que los estados tratan de maximizar su seguridad y preservar la distribución de poder existente. Estos no consideran que los estados sean agresivos por naturaleza, pero sí buscan evitar las pérdidas que puedan vincularse a un cambio de su posición en el sistema mundial. Kenneth Waltz argumenta que «en un mundo anárquico, la seguridad es el fin último. Sólo asegurando su propia supervivencia los estados pueden perseguir de forma segura otros objetivos como la tranquilidad, el beneficio o el poder» (Waltz, 1979). Sin embargo, en respuesta a los realistas que mantienen que los estados buscan maximizar su poder e influencia, Waltz asevera que «la principal preocupación de los estados no es maximizar su poder sino mantener su posición en el sistema» (Waltz, 1979).

Los realistas defensivos sostienen que existen varios peligros derivados de la agresión, la expansión y la conquista. En primer término, la búsqueda de la hegemonía resulta contraproducente y puede acabar por debilitar al propio estado, así como reducir su seguridad, dado que esta fomentaría un comportamiento para contrarrestarla. En este sentido, las conductas agresivas de los estados suelen encontrar una gran resistencia. Los realistas defensivos se basan en gran medida en la teoría neorrealista de equilibrio de poder de Stephen Walt. En concreto, esta corriente neorrealista defensiva plantea la suposición de que los equilibrios de poder se

conforman con frecuencia en el sistema internacional y que los periodos de hegemonía no son duraderos ni estables. Walt apunta: «si la búsqueda del equilibrio de poder fuese más común que el *«bandwagoning»* [es decir, la práctica por la cual los estados se alían con el estado más fuerte], entonces los estados gozarían de una mayor seguridad porque las naciones agresoras se enfrentarían a una oposición formada por una coalición de estados. Por lo tanto, los estados del *statu quo*<sup>3</sup> deben evitar políticas exteriores y de defensa agresivas con el fin de que no se formen coaliciones compensatorias de poder en su contra» (Walt, 1985).

En segundo término, la conquista no suele aportar beneficios. El costo de la expansión suele ser superior a los beneficios que esta comporta. En este sentido, la agresión y la acumulación de capital militar provocarían que se establecieran alianzas de contrapeso (Layne, 2006) y el nacionalismo moderno haría que la conquista resultase costosa porque «incita a los defensores a luchar más» (Jervis, 1978).

En tercer y último término, para Grieco y Waltz, la preocupación por las ganancias relativas (no «¿ganaremos ambos?, sino «¿quién ganará más?»), el temor a la dependencia, la vulnerabilidad y la traición constituyen las principales barreras a la cooperación entre los Estados.

### 3.1.2. Realismo ofensivo: El *«bandwagoning»* y el estado revisionista

Stephen Walt afirma que, por lo general, los estados buscan posicionarse en contra de aquellos otros estados que supongan una amenaza –con el objetivo de equilibrar el poder en el sistema– en lugar de perseguir una alianza con el estado que supone la propia amenaza, lo en la teoría neorrealista se conoce como *«bandwagoning»*. No obstante, el autor Randall Schweller (1994) argumenta lo contrario, es decir, que los estados suelen recurrir a la táctica del *«bandwagoning»* en lugar de luchar por equilibrar el poder dentro del sistema. Para apoyar este argumento,

<sup>3</sup> Expresión latina que designa el orden establecido.

Schweller sostiene que la definición de «*bandwagoning*» empleada por Walt, que a su vez hace referencia a la definición otorgada por Waltz, establece que la estrategia del «*bandwagoning*» y la persecución del equilibrio del sistema son comportamientos opuestos y que ambos están motivados por el objetivo de lograr la seguridad del estado. Por su parte, Schweller se muestra contrario a esta definición de «*bandwagoning*» e indica que resulta limitada. En este sentido, Schweller asegura que en la práctica son muy distintas las razones que conducen a los estados a buscar el equilibrio de poder o a aliarse con el estado más fuerte. Por una parte, el objetivo por el que un estado persigue el equilibrio de poder es su autopreservación y la protección de los valores que ya posee. Por otra parte, el objetivo del «*bandwagoning*» suele ser la extensión, es decir, obtener los valores que se anhelan. En otras palabras, el equilibrio viene impulsado por la intención de evitar pérdidas, mientras que el «*bandwagoning*» viene fomentado por la oportunidad de conseguir unos beneficios determinados. Por lo tanto, Schweller apunta que la existencia de una amenaza externa significativa, si bien es necesaria para propiciar la persecución del equilibrio, no es la razón que lleva a los estados a practicar el «*bandwagoning*».

Schweller adopta una definición diferente del término «*bandwagoning*». Se centra en dos factores que Walt pasa por alto: la cara oportunista del «*bandwagoning*» y las decisiones respecto a las alineación de los estados que constituyen una amenaza, así como las de aquellos que responden a dichas amenazas. Aquí es donde adquiere importancia el concepto del estado revisionista.

Schweller compara la definición clásica de «*bandwagoning*» con la que Walt ofrece, que se apoya en la teoría del equilibrio de las amenazas:

El «*bandwagoning*» implica un intercambio desigual; el estado vulnerable hace concesiones asimétricas a la potencia dominante y acepta su papel de subordinado [...]

El «*bandwagoning*» consiste en ceder ante la presión (ya sea latente o manifiesta) [...]

Lo más importante es que el «*bandwagoning*» sugiere una disposición a apoyar o tolerar acciones ilegítimas por parte del aliado dominante (Walt S. , 1986).

La definición convencional de este término se refiere a un candidato, bando o movimiento que atrae adherentes o amasa poder gracias su gran potencia. La expresión

«*to jump on the bandwagon*» (en español, subirse al vagón), de la que deriva el término «*bandwagoning*», significa seguir una corriente actual o de moda, o unirse al bando con potencial ganador. La estrategia del «*bandwagoning*» puede ser elegida libremente, como también puede ser el resultado de la resignación frente a una fuerza inexorable.

Schweller analiza una de las razones expuestas por Walt por las que los estados recurren al «*bandwagoning*»: para evitar ser atacados. Para Walt esto implica satisfacer al bando más peligroso, pero Schweller apunta que esto no tiene por qué ser siempre así. En este sentido, este último apunta que si se avecinase una guerra y un estado se encontrase en medio del conflicto este debería elegir un bando pero no necesariamente tiene darse un desequilibrio de amenazas. Para protegerse el estado deberá aliarse con la coalición más fuerte porque su supervivencia sólo podrá ser preservada si se une al bando ganador. Aquí, la fuente de peligro para el estado no está determinada por un bando u del otro, sino por las consecuencias que resultan de aliarse con el bando perdedor, cualquiera que sea. Por lo tanto, el poder es lo que motiva las decisiones de los estados, y no las amenazas.

Schweller también señala que la teoría del equilibrio de las amenazas, en la que se basa Walt, únicamente contempla el escenario mundial mediante el filtro de los estados satisfechos, es decir, los estados que forman parte del orden establecido. En oposición a algunos realistas tradicionales, como E.H. Carr y Hans Morgenthau, el autor afirma que los realistas modernos suelen dar por hecho que los estados están dispuestos a pagar elevados costes y a correr grandes riesgos con el fin de proteger aquellos valores que ya poseen y que para mejorar su posición en el sistema únicamente estarían dispuestos a pagar un precio muy bajo, así como a correr muy pocos riesgos. Si bien Schweller está de acuerdo con Waltz en que los estados que desean aumentar su poder recurren al «*bandwagoning*», este refuta que la seguridad sea mayor preocupación de todos los estados. En este sentido, el autor apunta que únicamente los estados satisfechos tienen por objetivo prioritario el mantenimiento de su posición en el sistema. Por el contrario, para los realistas clásicos los «verdaderos intereses» de los estados consisten en la «continua persecución del poder y la expansión» (Gilbert, 1961).

Schweller mantiene que los estados satisfechos, que desean –por encima de todo– conservar aquello cuanto tienen, deben evitar la pérdida de poder y prestigio. No obstante, para los estados revisionistas, que son estados insatisfechos, su objetivo principal es completamente diferente. Estos últimos no desean mantener su posición, ya que la consideran insuficiente, sino que –además de preservar– desean aumentar sus valores fundamentales y mejorar sustancialmente su posición dentro del sistema internacional. Así pues, los estados revisionistas no pueden mejorar su posición en el sistema asegurándose simplemente de que el resto de estados no obtengan ganancias en relación con ellos, sino de que deben ganar con respecto al resto de estados. En su afán de establecer un «nuevo orden», los estados insatisfechos se sienten una fuerte atracción por expandir sus poderes revisionistas. Schweller afirma que Waltz pasa por alto este tipo de estados al declarar que «en el caso de que los estados secundarios tengan libertad de elección, siempre tenderán hacia el bando más débil, puesto que el bando más fuerte es quien les amenaza. Estos serán más apreciados, así como gozarán de una mayor seguridad en el seno del bando débil» (Waltz, 1979).

Schweller afirma que la mayoría de los estados, incluso aquellos clasificados como grandes potencias, sirven, en última instancia, a los intereses de otro estado y solo las potencias líderes pueden esperar lo contrario. Por lo tanto, debido a que los miembros de las alianzas militares se ven siempre obligados a sacrificar un cierto grado de autonomía en relación a su política exterior, la decisión por la cual se alían con otros estados no se basa en los desequilibrios de poder o de las amenazas. Por lo contrario, se fundamenta en la compatibilidad de sus objetivos políticos. Las potencias satisfechas se unirán a la coalición que pertenezca al *status quo*, aunque se trate del bando más fuerte, mientras que las potencias insatisfechas, que están más motivadas por obtener unos beneficios que por su seguridad, se alinearán con un estado revisionista ascendente.

Schweller asegura que existen diferentes tipos de «*bandwagoning*» pero que todos comparten la misma motivación: la perspectiva de obtener unas ganancias. Precisamente la diferencia entre la persecución del equilibrio de poder y el «*bandwagoning*» radica en la motivación de cada uno. La lucha por equilibrar el poder

en el sistema es una actividad extremadamente costosa que la mayoría de estados preferían no tener que realizar, pero que, en ocasiones, resulta necesaria para poder que estos puedan sobrevivir y proteger sus valores. El «*bandwagoning*» no suele implicar costes y, normalmente, se lleva a cabo bajo la perspectiva de obtener unos beneficios. Es por esto por lo que Schweller concluye que el «*bandwagoning*» es una estrategia mucho más común de lo que sugieren Walt y Waltz.

#### 3.1.2.1 El «bandwagoning» del chacal

Schweller establece un paralelismo entre la atracción que ejerce un león sobre los chacales y la que ejerce un estado revisionista poderoso sobre otras potencias revisionistas oportunistas. El objetivo del «*bandwagoning*» del chacal consiste en la consecución de un beneficio. En concreto, los estados revisionistas se unen al bando más fuerte para compartir el botín de la victoria. En este caso, el líder revisionista (león) llega a un acuerdo con el estado agresor menor (chacal) en lo que respecta a las esferas de influencia a cambio de que el socio menor apoye al estado revisionista en sus metas expansionistas. En ocasiones el líder revisionista es más poderoso que la coalición del *statu quo*. En ese caso, el líder revisionista no necesita el apoyo activo del socio menor, únicamente busca lo utiliza para prevenir o bloquear la formación de una fuerte coalición del *statu quo*. Cuando el objetivo consiste en el bloqueo el estado revisionista concede a su socio determinadas ganancias a cambio de que no se una a la coalición enemiga.

#### 3.1.2.2. El equilibrio de intereses como teoría alternativa a la formación de alianzas

En aras de retomar el concepto del estado revisionista en el estudio de la formación de alianzas, Schweller propone la teoría del equilibrio de intereses, que a su vez se divide en dos niveles. Por un lado, el equilibrio de intereses a nivel unitario hace referencia a los costes que un estado está dispuesto a pagar para extender sus valores. Por otro lado, el equilibrio de intereses a nivel sistémico se refiere a la fuerza o poder que detentan los estados revisionistas y los del *statu quo*.



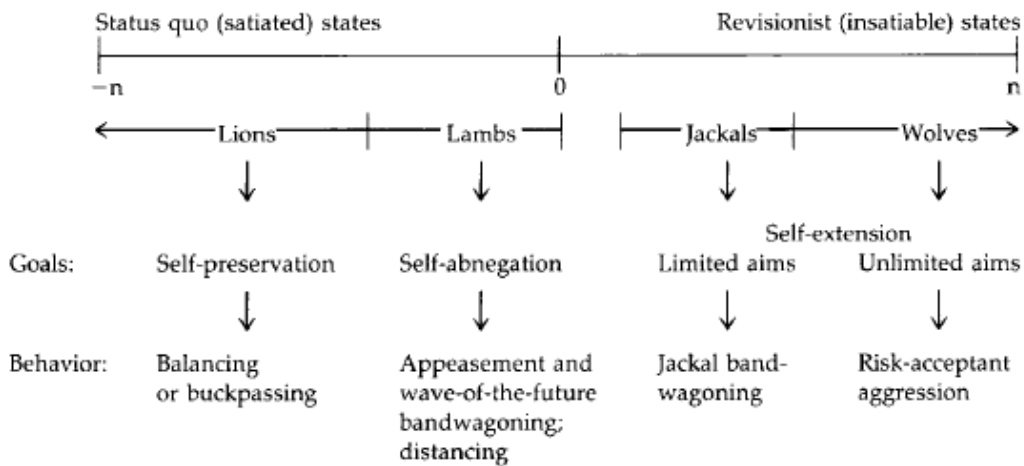
3.1.2.2.1. El equilibrio de intereses a nivel unitario

En un intento por suavizar la suposición neorrealista que establece que los estados valoran más lo que poseen que aquello que desean, emerge una variada gama de intereses en función de cada tipo de estado:

1. Estados que valoran más aquello que desean que lo ya poseen;
2. Estados que se sienten completamente satisfechos con sus posesiones;
3. Estados que valoran ligeramente más lo que poseen que aquello que desean, y viceversa;
4. Estados que, aunque sus posesiones son limitadas, no envidian a otros estados más poderosos.

Para representar este espectro de intereses Schweller clasifica a los estados en leones, corderos, chacales y lobos:

**Figure 1. State Interest (n) = (value of revision) – (value of status quo).**



*NOTE: The top line represents the state's calculation of its relative interests in the values of revision and of the status quo. Where the status quo outweighs revision (where n is negative), states are satiated; where revision outweighs the status quo (n is positive), states are revisionist.*

*Ilustración 1*

Fuente: (Schweller,1994)

Los leones son aquellos estados que están dispuestos a pagar elevados costes para proteger aquello que poseen, pero que solo pagarían un pequeño precio por

augmentar sus posesiones. Su objetivo principal está en línea con la suposición realista contemporánea por la cual los actores internacionales ejercen un papel activo para defender su posición el sistema, así como buscan maximizar su seguridad. Puesto que se trata de estados extremadamente satisfechos, se presupone que constituyen las potencias a la cabeza del *statu quo*. Schweller compara estos estados con la figura del león que reina en la jungla. En este sentido, las potencias satisfechas gobiernan y gestionan el sistema internacional, por lo que son los que más se benefician del mismo y, por ende, son los que tienen un mayor interés por preservar el orden establecido.

Los corderos son aquellas naciones que solo están dispuestas a pagar un coste reducido para defender o extender sus valores. Se trata de estados débiles en relación a sus capacidades, o países en los que la relación estado-sociedad es frágil por una variedad de razones: sus élites e instituciones carecen de legitimidad ante las masas; están divididos internamente por cuestiones étnicas, políticas, clasistas, religiosas, o tribales; la ideología estatal es contraria y se impone a la cultural popular; o se trata de lo que Samuel Huntington denominó como «países rotos<sup>4</sup>», es decir, estados «que gozan de un buen nivel de homogeneidad cultural pero que están divididos con respecto a si su sociedad pertenece a una civilización u otra» (Huntington, 1993). Puesto que los estados cordero no están dispuestos a sacrificarse para extender sus valores, su política exterior no está conducida por fines irredentistas.

Los chacales son estados que están dispuestos a pagar un coste elevado para defender sus posesiones y un coste aun mayor para extender sus valores. Estas son potencias insatisfechas, pero que valoran lo que poseen, por lo que en su expansión tienden a la aversión al riesgo y se caracterizan por ser oportunistas. Estos estados pueden decantarse tanto por seguir la estela de los líderes revisionistas como la de los estados de los líderes del *statu quo*.

Por último, pero no por ello menos importante, los lobos son estados depredadores. Valoran mucho más aquello que desean que lo que ya poseen. Estos

<sup>4</sup> Huntington menciona a Turquía entre los «países rotos» (1993, p.42).

estados están dispuestos a correr grandes riesgos –aunque implique su extinción– para mejorar su posición, que tachan de inaceptable. Históricamente ha habido muchos ejemplos de estados que quisieron maximizar o incrementar de manera significativa su poder y que, finalmente, acabaron arriesgando su supervivencia. Los estados lobo tienen una gran ambición por conquistar el mundo o una gran parte del mismo, por lo que no persiguen el equilibrio de poder como tampoco se unen al bando más fuerte, sino que constituyen ese bando.

#### 3.1.2.2.2. El equilibrio de intereses a nivel sistémico

A nivel sistémico, la teoría del equilibrio de intereses sugiere que la distribución de las capacidades por sí misma no determina la estabilidad del sistema. En este sentido, son mucho más importantes los objetivos y los medios para los que se emplean estas capacidades o influencia: si se emplean el poder y la influencia para gestionar el sistema o para destruirlo, o, si los medios utilizados para conseguir esos objetivos amenazan a otros estados o si, por el contrario, les hacen sentirse más seguros. En otras palabras, la estabilidad del sistema depende del equilibrio entre las fuerzas conservadoras (*statu quo*) y revisionistas. Cuando los estados del *statu quo* son mucho más poderosos que los estados revisionistas, el sistema gozará de estabilidad. Por el contrario, cuando un estado o una coalición revisionista es más fuerte que los defensores del *statu quo*, el sistema se someterá a unos cambios.

Por un lado, las potencias del *statu quo* buscan su autopreservación, así como la protección de los valores que ya poseen. Por ello, persiguen maximizar su seguridad pero no anhelan aumentar su poder. Para estos estados el coste de la guerra supera los beneficios potenciales de una expansión arriesgada. Incluso si pretenden extender sus valores, estos estados no emplearían medios militares para conseguirlo. En este sentido, el interés de este tipo de estados en el poder militar varía según en función de lo amenazados que estén sus valores.

Por otro lado, los estados revisionistas valoran más aquello que desean que lo que poseen actualmente, aunque este ratio puede variar de un estado a otro. Estos

estados emplean las fuerzas militares para derrocar el *statu quo* y por extender así sus valores. Para los estados revisionistas, los beneficios de una expansión –aunque resulte insegura– supera a los costes de la guerra. Como necesitan un impetuoso poder para derribar a las potencias del *statu quo*, los estados insatisfechos se unirán entre ellos si con ello logran ser más fuertes que el bando conservador, ya que sólo en ese momento pueden esperar cumplir con éxito sus objetivos revisionistas. Por lo general, las potencias revisionistas son las principales impulsoras de las formaciones de alianzas. Por su parte, las potencias del *statu quo* son considerados los «reactores». En este sentido, los estados agresores deben ejercer una presión inicial (es decir, deben presentar una amenaza externa significativa) para que las potencias satisfechas respondan con una contrapresión, que a menudo resulta lenta y reticente.

### **3.2. La teoría constructivista**

La llegada de la teoría constructivista al ámbito de las relaciones internacionales está frecuentemente ligada al final de la Guerra Fría, acontecimiento que las teorías tradicionales, como el realismo o el liberalismo, no supieron explicar. El fracaso de dichas teorías puede estar relacionado con sus pilares centrales, entre ellos, la convicción de que los estados son actores que se basan en su propio interés, que compiten por el poder, y que la distribución desigual del poder entre los estados define el equilibrio de poder entre ellos. En este sentido, al centrarse únicamente en el concepto del estado, las teorías tradicionales se olvidan de observar el comportamiento de las agencias e individuos (Theys, 2017).

El constructivismo visualiza el mundo, y lo que se puede saber acerca del mismo, como una construcción social. Esta visión hace referencia a la naturaleza de la realidad y a la naturaleza del conocimiento (Theys, 2017). Alexander Wendt (1995) ilustra la construcción social de la realidad con un excelente ejemplo. Explica que 500 armas nucleares británicas resultarían una menor amenaza para Estados Unidos que las mismas 500 armas nucleares en manos norcoreanas. Esta identificación no radica en las armas nucleares en sí –la estructura material– sino en el significado que se le otorga a

dicha estructura material, la estructura conceptual. Este ejemplo demuestra que las armas nucleares en sí mismas carecen de significado si no se tiene en cuenta el contexto social. También demuestra que el constructivismo va más allá de la realidad material incluyendo el efecto que tienen las ideas y creencias en la política mundial. Esto implica que la realidad se encuentra en permanente construcción, lo que abre la perspectiva al cambio. En otras palabras, los significados no son fijos sino que pueden cambiar con el transcurso del tiempo dependiendo de las ideas y creencias de los estados (Theys, 2017).

En lo que respecta a las estructuras que moldean el comportamiento de los actores sociales y políticos, ya sean estados o individuos, los pensadores constructivistas defienden que las estructuras normativas o conceptuales son tan importantes como las estructuras materiales. Mientras que los neorrealistas enfatizan la estructura material del poder militar, los constructivistas defienden que los sistemas de ideas, creencias y valores compartidos también poseen características estructurales y que estos ejercen una gran influencia en la acción política y social. Existen dos razones que explican la importancia que se le otorga a estas estructuras (Reus-Smit, 2005). Por una parte, los constructivistas argumentan que los recursos materiales únicamente adquieren significado para la acción humana a través de la estructura de conocimiento compartido en la que se encuentran insertos (Wendt, 1995). Por otro lado, destacan la importancia de las estructuras normativas y conceptuales dado que consideran que estas moldean las identidades sociales de los actores políticos. Al igual que las normas institucionales de una academia moldean la identidad de un profesor, las normas del sistema internacional condicionan la identidad social de un estado. Por ejemplo, en la época del Absolutismo (1555-1848) las normas de la sociedad internacional europea defendían que las monarquías cristianas eran la única forma de estado soberano legítima, y dichas normas, respaldadas por las prácticas coercitivas de los estados de dicha comunidad, socavaron las políticas musulmanas, liberales y nacionalistas (Reus-Smit, 2005).

Los constructivistas defienden que el entendimiento sobre cómo las estructuras no materiales condicionan las identidades de los estados es de suma importancia debido a que las identidades conforman los intereses, y estos, a su vez, influyen en las acciones. Para explicar cómo se conforman los intereses de los estados, los constructivistas se

centran en las identidades sociales de los individuos o de los estados. En palabras de Alexander Wendt (1992), «las identidades son la base de los intereses». Por ello, hoy en día los países democráticos se muestran intolerantes hacia los regímenes autoritarios y muestran una clara preferencia por el libre mercado y el capitalismo (Reus-Smit, 2005).

La teoría constructivista sostiene que los agentes y las estructuras se constituyen mutuamente. Si bien las estructuras conceptuales y normativas condicionan las identidades e intereses de los actores, dichas estructuras no existirían si no fuese por las prácticas que se conocen por parte de estos actores. El énfasis que pone Wendt sobre el poder «sobreviviente» de las estructuras, así como la predilección de los constructivistas por estudiar la influencia de las normas en la conducta, sugiere que los constructivistas son estructuralistas. De acuerdo con Boli, Meyer y Thomas (1989) las normas e ideas institucionales definen el significado y la identidad de los actores individuales, así como las pautas de actuación que llevan a cabo dichos actores individuales en términos económicos, políticos y culturales. En este sentido, Wendt (1992) añade que, precisamente, de esta interacción recíproca da lugar surgen las estructuras sociales –cuya perdurabilidad es relativa– que definen nuestros intereses e identidades. Asimismo, las normas internacionales que definen la democracia liberal como el modelo dominante de estatalidad legítima y que autorizan la intervención en nombre de los derechos humanos, así como promueven el libre comercio, existen y persisten únicamente como resultado de las continuas prácticas de los estados democráticos liberales, y de los poderosos actores no estatales (Reus-Smit, 2005).

La teoría constructivista considera que las estructuras normativas e ideológicas dan forma a la identidad y a los intereses de los actores mediante tres mecanismos: la imaginación, la comunicación y la restricción. Con respecto al primero de estos, los constructivistas mantienen que las estructuras inmateriales afectan al ámbito de la posibilidad de los agentes: cómo piensan que deben actuar, cuáles son las limitaciones de sus acciones y qué estrategias pueden imaginar, para lograr sus objetivos. Por lo tanto, las normas e ideas institucionalizadas condicionan lo que los actores consideran necesario y posible, tanto en términos prácticos como éticos. En este sentido, un presidente de una democracia liberal consolidada solo imaginará y considerará ciertas

estrategias con el fin de aumentar su poder, y las normas de la política democrática liberal condicionarán su expectativas.

Las estructuras normativas y conceptuales también resultan influyentes a través de la comunicación. Cuando un individuo o un estado busca justificar su comportamiento, normalmente apelará a las normas establecen su conducta como legítima. Un presidente puede apelar a las convenciones del gobierno ejecutivo, y un estado puede justificar su comportamiento con referencia a las normas de la soberanía o en el caso de intervención en los asuntos de otro estado puede explicarse de acuerdo con las normas internacionales de los derechos humanos. Como sugiere este último caso, las normas pueden entrar en conflicto entre sí en sus prescripciones, lo que hace que el argumento moral sobre la importancia relativa de los preceptos normativos internacionales sea un aspecto particularmente destacado de la política mundial (Risse 2000).

Asimismo, aunque las estructuras normativas e ideológicas no afectan al comportamiento de un actor aunque enmarquen su imaginación o proporcionen un tribunal de apelación lingüístico o moral, los constructivistas sostiene que estas pueden imponer unas importantes limitaciones a la conducta del misma. Los realistas defienden que las ideas funcionan simplemente como racionalizaciones, como formas de enmascarar las acciones motivadas, en realidad, por el crudo deseo de poder. Sin embargo, los constructivistas defienden que las normas e ideas institucionalizadas solo funcionan como racionalizaciones porque ya poseen cierta fuerza moral en un contexto social determinado. Además, el hecho de apelar a las normas e ideas establecidas para justificar un comportamiento solo se considera una estrategia viable si esta conducta resulta en cierta medida coherente con los principios proclamados. Reus-Smit (1999) añade que «el mismo lenguaje de la justificación proporciona, por lo tanto, ciertas limitaciones para la acción, aunque la eficacia de dichas limitaciones variará en función del actor y el contexto».

Por último, el constructivismo entiende que la fluidez temporal de la identidad dentro de los estados influye en gran medida en sus acciones de cara a las relaciones internacionales. Esto es importante porque permite a los decisores políticos comprender cómo afectan y cómo son afectadas las relaciones internacionales a través del cambio constante de los valores y normas sociales que construyen la identidad de un estado. También muestra como la elaboración de la política exterior dentro de los estados está moldeada por construcciones sociales flexibles (Theys, 2017).

### **3.4. La Unión Europea y el poder normativo**

El poder normativo no es –en su forma más pura– un concepto material o físico sino ideológico. Dicho de otro modo, su uso no implica incentivos materiales o fuerza física, sino una justificación normativa. Este uso de justificación normativa también implica una escala temporal y una forma de compromiso muy diferente en la política mundial. En este sentido, las relaciones y políticas hacia el resto del mundo deberían ser «normativamente sostenibles», en cuanto a que «normativamente» se refiere a que sean explicables, justificables, y «sostenibles» pone el foco en a las futuras generaciones (Manners, 2009).

Ian Manners afirma que la noción de poder normativo se sitúa en un debate que gira en torno al «poder sobre la opinión» y al deseo de ir más allá en la discusión sobre las características propias de un estado a través de la comprensión de la identidad de la UE. Esta se basa en una serie de principios y creencias compartidas que los Estados miembros adhieren y a través de las cuales dan ejemplo (Manners, 2002). Estos principios, o normas, están recogidos en el acervo comunitario (el corpus legislativo de la UE) e incluyen: la centralidad de la paz, la libertad, la democracia, el estado de derecho supranacional y los derechos humanos. También se identifican cuatro normas menores: la solidaridad social, la antidiscriminación, el desarrollo sostenible y el buen gobierno. Manners sostiene que estas normas diferencian a la UE de otras entidades políticas y conducen sus actuaciones normativas. Se hace especial hincapié en el contexto histórico de la UE, la política híbrida y la constitución político-legal (Manners, 2002). Los Estados miembros de la UE han llegado a un acuerdo sobre estos principios hasta el punto en el



que constituyen unos compromisos jurídicamente vinculantes (Dunne, 2008). Además, Manners argumenta que la UE continuará siendo una potencia normativa en el futuro previsible.

El hecho de que la base normativa de la UE esté aceptada no la convierte en una potencia normativa, así que es necesario preguntarse de dónde viene el poder normativo. A este respecto, Manners sugiere que el poder normativo procede de una serie de factores que conforman la difusión de normas en las relaciones internacionales y que presentan una combinación de poder ejemplar, el poder normativo simbólico, y poder por relaciones, el poder normativo sustantivo. Estos seis factores, compilados por Manners (2008) a partir de textos de Whitehead (1996), Whitman (1998), Manners y Whitman (1998) y Kinvall (1995) son los siguientes:

- Contagio: difusión voluntaria por parte de la UE;
- Comunicaciones informativas: comunicaciones estratégicas y declaratorias de la UE;
- Procedimiento: institucionalización de la relación por parte de la UE;
- Transferencia: intercambio de beneficios entre la UE y terceros;
- Visibilidad: presencia física de la UE en terceros estados y organizaciones;
- Filtro cultural: difusión cultural y aprendizaje político en terceros estados y organizaciones.

Por lo tanto, la UE difunde sus normas dando ejemplo en lugar de hacerlo de manera coercitiva como una potencia militar tradicional. Manners (2008) señala que la forma en la que la UE promueve sus normas es tan importante como los principios que promueve e indica que los métodos de difusión no militares de la UE pueden considerarse como propios de ella. A partir de esto, se puede argumentar que la UE se identifica a sí misma como una potencia normativa, como resultado de la codificación de sus normas como acuerdos vinculantes.

## 4. ESTADO DE LA CUESTIÓN

### 4.1. Turquía como una potencia revisionista

El Dr. Zenonas Tziarras, estudia el cambio de la política exterior turca bajo el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) hacia Oriente Medio desde una perspectiva realista neoclásica. En primer lugar, el argumenta que los cambios sistémicos en el entorno geopolítico de Turquía han sido los principales impulsores del comportamiento de la política exterior del gobierno turco, mientras que la política interna ha ejercido un papel secundario. En el marco del realismo neoclásico, el nivel sistémico comprende tres variables independientes (los cambios en el poder internacional, las percepciones de amenazas externas y la interdependencia económica internacional) y dos variables que dependientes (la ideología de la élite y los grupos de interés nacionales). Las variables dependientes son esencialmente el resultado de la política exterior turca con la posibilidad de variar entre el *statu quo* y una la política exterior de carácter revisionista. Tziarras apunta que para analizar el cambio en la política exterior turca desde la llegada del AKP al poder en 2002 es necesario evaluar tanto el contexto interno como el entorno sistémico de los períodos de 2002 a 2011 y de 2011 a 2013.

En lo que respecta al primer período (2002-2011), Tziarras sostiene que el contexto a nivel sistémico fue relativamente benigno a pesar de los cambios en las relaciones internacionales de poder como, por ejemplo, las consecuencias que tuvo la guerra en Irak (2003) en Turquía y la región. El contexto no se considera benigno por la ausencia de amenazas a su seguridad –existían numerosas amenazas– sino más bien porque brindó a Turquía la oportunidad de volver a comprometerse con la región como resultado del deterioro de sus relaciones con Estados Unidos, el incremento del sentimiento antiamericano en Oriente Medio y la mejora de sus relaciones con Irán y Siria, entre otros. Todo esto, junto con la lucha del AKP para superar los obstáculos políticos planteados por la élite kemalista en el país produjeron una política exterior caracterizada por la cooperación, la mediación y el uso de herramientas de «poder blando» de forma generalizada. Sus relaciones económicas con el mundo árabe/musulmán mejoraron de manera drástica, mientras que sus relaciones económicas con la Unión Europea se deterioraron, como consecuencia de la crisis económica y del

estancamiento entre Turquía y la UE. De acuerdo con el autor, este fue un período en el que Turquía, una vez más en su historia, llegó a ser conocida como un modelo de fusión entre la democracia, la economía liberal y los valores conservadores.

A pesar de que esta orientación de la política exterior turca se asemejaba a iniciativas pasadas como las Turgut Ozal y Necmettin Erbakan en las décadas de 1980 y 1990, respectivamente, según Tziarras, llegó más lejos en este periodo de tiempo. Esto se debe a que la política exterior estuvo más centrada, tuvo una mayor profundidad y fue más seria, por lo que resultó más exitosa. Otro factor importante en este proceso fue que la diferenciación ideológica se produjo de forma gradual a nivel nacional con el ascenso al poder del AKP. Esto no quiere decir que la ideología del AKP constituyese el factor principal. Como se ha mencionado anteriormente, los cambios sistémicos se consideran el principal conductor de la política exterior turca. No obstante, la ideología de la élite del Estado, que, de acuerdo con el realismo neoclásico, filtra la geopolítica y las limitaciones internas, es de suma importancia en la conformación del resultado de la política exterior turca. No cabe duda de que los cambios a nivel sistémico podrían dar lugar a distintos resultados de política exterior en función de la ideología dominante y de la perspectiva global de la élite propulsora de las políticas; no obstante, sin una transformación en el plano sistémico rara vez se producen cambios en la política exterior.

Dicho esto, Tziarras continúa argumentando que es necesario identificar la ideología de la élite del AKP y, por lo tanto, sus definir características. En este sentido, el autor, basado en la investigación de textos, discursos y entrevistas a miembros de la élite del AKP, y en un análisis comparativo entre el AKP y su tradicionalista predecesor el Partido del Bienestar (Partido Refah – RP), sugiere que la ideología de la élite del AKP –aunque no del AKP en su conjunto– se basa en una versión del Islam político que es en realidad más tradicionalista que reformista, como argumenta el partido. Esta élite, encargada de la política exterior turca y de la estrategia de cara a Oriente Medio, percibe principalmente la región como post-otomana e integrada geoculturalmente en el espacio islámico. Espacio en el que Turquía, desde la lente de élite del AKP, reclama su legítimo liderazgo como sucesor del Imperio otomano.

En este sentido, Tziarras defiende que la ideología de la élite del AKP es revisionista, siempre que el revisionismo se defina –de acuerdo con la teoría realista– como los esfuerzos de un estado para cambiar el *statu quo* geopolítico en su propio beneficio. Como ya se ha señalado anteriormente, la lucha de poder interno entre la clase kemalista y el AKP no dejó mucho espacio a este último para expresar e implementar sus objetivos revisionistas. El autor también apunta que, en un principio, el viraje del AKP hacia Oriente Medio no fue rechazado de forma significativa por otros poderes o facciones nacionales, ya que no se produjo a expensas de las relaciones con Occidente. No obstante, una vez que el AKP se las arregló para ganar la lucha por el poder y obtuvo un papel preponderante a nivel nacional mediante un proceso que comenzó aproximadamente en 2007, y que en gran medida tuvo éxito hasta 2010, sus políticas se tornaron hacia un revisionismo abierto. Sin embargo, para entonces los grupos nacionales, entre los que prima la ideología kemalista –la fuerza política tradicional de mayor importancia– fueron incapaces de oponerse con éxito o limitar las políticas del AKP, ya que fueron marginados y paralizados.

El impacto de estas transformaciones históricas a nivel interno se hizo aún más evidente en el siguiente período (2011-2013), como señala Tziarras. Los cambios sistémicos que se produjeron de la mano de las Primaveras Árabes cogieron a Turquía por sorpresa y supusieron un desafío para las relaciones regionales que había desarrollado así como para su envergadura geopolítica. El entorno sistémico, que anteriormente había sido favorable, se volvió inestable y extremadamente inseguro, generando conflictos y numerosas amenazas a la seguridad del estado turco. Según Tziarras, esto ha supuesto un gran impacto en la capacidad de Turquía para implementar su visión ideológica de la élite revisionista de manera benévola. Uno de los ejemplos más significativos del comportamiento revisionista turco son los casos de Egipto y Siria en 2011. En lo que respecta a la guerra civil siria, la nación turca, por primera vez en su historia, adoptó la estrategia revisionista abogando por un cambio de régimen, aunque con cierta demora. Además, también parecía reacia a llevar a cabo sus amenazas hacia Siria, prefiriendo al mismo tiempo unirse al «bando más fuerte» lo que esencialmente implicó que eligió alcanzar sus objetivos estratégicos mediante su dependencia a las

potencias occidentales para lograr el cambio de régimen en Siria. De manera similar, la postura de Ankara con respecto a la destitución del Presidente egipcio Mohammed Morsi de la Hermandad Musulmana en 2013 refleja su interés por implicarse en los asuntos internos egipcios. En este sentido, Tziarras afirma que el comportamiento turco fue revisionista puesto que trató activamente de revertir los cambios en Egipto que lo privarían de un gobierno egipcio con una ideología cercana a la del AKP.

#### **4.2. Europa y Turquía: ¿un conflicto identitario?**

Hasta el momento, la identidad de la Unión Europea se ha definido de forma consensuada en términos económicos y políticos. No obstante, Baycar (2013) afirma que es importante señalar que el estado turco es el sucesor de los Imperios bizantino y otomano, imperios que han dado forma e influido en Europa. Por lo tanto, Turquía ha contribuido de manera considerable a la historia y cultura europea. Además, Baycar, apunta que es importante tener en cuenta que el origen de Turquía se encuentra en la cuna de la civilización europea.

En primer lugar, es necesario definir el concepto de «europeidad». Desde un punto de vista histórico y cultural, la «Paideia griega, la Humanistas romana, el Ideal Cristiano, el Renacimiento, el Racionalismo, la Ilustración y Laicismo, Liberalismo, Modernismo» etc., han sido y siguen siendo los principales desarrollos supranacionales nacidos del Viejo Continente. Estos se han extendido ampliamente, dando forma a una gran parte de la denominada «cultural universal» (Vergara, 2007). En este contexto, Baycar explica tres posiciones principales con respecto al concepto de «europeidad».

Por una parte, los sustancialistas históricos generalmente definen el término de forma holística y declaran que los principales acontecimientos de la historia europea son los factores determinantes de lo que es ser considerado europeo (Gerhards, 2005). En este sentido, para ser considerado europeo, un país debería haber participado en la «Antigüedad judía, griega y romana», «el Renacimiento» y los procesos de la «Ilustración» así como pertenecer a la «Cristiandad» (Gerhards, 2005). Este punto de

vista es apoyado, entre otros, por Samuel Huntington, Hans Ulrich Wehler y Heinrich August Winkler (Gerhards, 2005). No cabe duda de que los 27 países de la UE o forman parte de la cultura cristiana o han participado en los procesos anteriormente mencionados. Sin embargo, Baycar sostiene que argumentar que un país que no forme parte de la cultura cristiana no puede ser un miembro de la Unión sería realizar una declaración falsa.

Por otra parte, los constructivistas definen la europeidad de forma sincrética y argumentan que los criterios empleados por los sustancialistas históricos para definir la identidad europea no son lo suficientemente sólidos (Gerhards, 2005). Afirman que todas las características que los sustancialistas emplean para definir la identidad europea fueron, y continúan siendo, construidos en un proceso histórico (Gerhards, 2008).

Asimismo, Burgdorf (2004) apunta que las fronteras territoriales de Europa han sido flexibles históricamente. También afirma que no se debería emplear la cristiandad como punto de referencia para la identidad europea debido a que esta emergió en Oriente Próximo en lugar de Europa. Burgdorf así como otros autores que apoyan este punto de vista concluyen que la cultura europea no puede ser determinada de manera sustancial ya que la definición de las fronteras europeas fue un acto voluntario. El ex Ministro de Relaciones Exteriores francés, François-Poncet, expresó la opinión de que no existe una historia ni unos criterios geográficos o culturales convincentes según lo cuales se puedan definir claramente las fronteras de la UE. Por lo tanto, la delimitación de las fronteras continua siendo una decisión política de los estados miembros de la unión (Burgdorf, 2004).

Del mismo modo, Selcen Öner (2009), destacada académica del Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad Bahçesehir de Istanbul, defiende que «durante mucho tiempo Turquía y Europa se han visto envueltas en proceso interactivo que ha afectado de forma mutua el proceso de construcción de la identidad de cada uno» (p.9-10). Öner considera que estas identidades son mutuamente construibles la una de la otra. Además, sostiene que Europa ha influido en la construcción de la

identidad de la Turquía moderna, concretamente desde la época de la Reforma hasta el siglo XIX. Por consiguiente, Turquía ha construido su identidad mediante su interacción con Europa. Incluso a finales del periodo otomano, la occidentalización, en forma de tecnología y de valores europeos, fueron acogidos con beneplácito a fin de evitar el declive del Estado durante el periodo de la Tanzimat<sup>5</sup>. Con la fundación de la República de Turquía en 1923, la política europea y los sistemas jurídicos fueron adoptados por la nueva república para alcanzar un mayor desarrollo. Los valores europeos fueron incorporados a la cultura turca, a pesar de que algunos de ellos no podían ser asimilados (Öner, 2006).

El proceso de integración europea también preparó el camino para la transformación de la identidad europea, aunque la historia europea se había conformado sobre el fundamento de la «diferencia y la diversidad» (Cepel, 2011, p.553). Así pues, la europeidad se fundó sobre varias culturas. No obstante, Turquía ha experimentado un proceso de adhesión único y más largo que otros países candidatos a la Unión, y en general, el islam y la cultura turca han sido el centro de algunos argumentos europeos que proponen la exclusión (Cepel, 2011). Por su parte, Cepel afirma que los principales determinantes de la europeidad no son la «la religión y la cultura, sino los valores como la democracia, el liberalismo, los derechos humanos y el estado de derecho» (p.533). Asimismo, el Comisario de Ampliación de la Unión Europea, Olli Rehn, la importancia de los valores europeos en la conformación de la identidad europea y declara que: «Ciertamente, los límites geográficos establecen el marco, pero los valores definen las fronteras.» Para ir más lejos Rehn afirma que:

Cualquier país europeo que respete los valores como la democracia, los derechos humanos y estado de derecho puede solicitar su membresía en la UE. Lo que no significa que tengamos que aceptar a todos los países. Sin embargo, sería erróneo cerrar la puerta para siempre por el dibujo de una línea en el mapa que delimite para siempre las fronteras europeas» (Öner, 2006, p.11).

<sup>5</sup> Período entre 1839 y 1876 en el que el Imperio otomano llevó a cabo una serie de políticas reformistas en un intento de modernizarse. Tanzimat significa «regulación y organización». (TRT Español, 2020)

Tampoco hay que olvidar que otros candidatos a ingresar en la UE tienen una gran población musulmana, como Bosnia y Herzegovina o Albania, pero se encuentran en zonas geográficas claramente identificadas como europeas.

Baycar mantiene que, de forma contraria a los sustancialistas históricos, los sustancialistas empíricos no determinan cuáles son los valores europeos, sino que buscan transformar la cuestión normativa en una empírica preguntándose qué valores se consideran relevantes por los estados miembros.

En el debate sobre una posible adhesión de Turquía a la UE, se desconfía de la congruencia de la cultura turca con la UE e incluso se asume una diferencia cultural. Durante los numerosos debates políticos sobre el acceso de Turquía a la UE han prevalecido las diferencias culturales sobre las diferencias económicas. Los críticos del ingreso de Turquía en la Unión sostienen que los actuales miembros y la nación turca difieren entre sí fundamentalmente debido a una diferencia total en términos históricos y tradiciones histórico-intelectuales pero, sobre todo, debido a una diferencia en términos de orientación religiosa. Mientras que algunos críticos del acceso de Turquía a la UE argumentan que las diferencias entre ambos son fundamentales, otros hablan de una adaptación forzada del país a los llamados valores europeos, lo que resalta el enriquecimiento que podría venir ligado a la heterogeneidad cultural. Por lo tanto, no hay duda de que la congruencia cultural de un país con la UE es una condición esencial para su exitosa integración en la Unión (Baycar, 2013).

Desde un punto de vista geográfico, Turquía es un país euroasiático cuyo territorio se encuentra mayoritariamente en el continente asiático. Sin embargo, esto no debe ser considerado como un factor que determine o no la europeidad geográfica del estado turco puesto que países como Malta, la Martinica, Guadalupe o la Guayana francesa están aceptados como europeos, aunque geográficamente se encuentren fuera del continente europeo (Baycar, 2013).

Por otro lado, Baycar cuestiona si vale la pena preguntarse si habría habido una historia europea sin Turquía. Algunos piensan que Turquía ha estado en Europa pero



que no forma parte de Europa. No obstante, el autor opina que la historia turca y la historia europea están estrechamente interconectadas puesto que, como se ha explicado con anterioridad, el estado turco es heredero de los imperios Bizantino y Otomano, imperios que han dado forma a Europa. En este sentido, los turcos entraron en Anatolia en el siglo XI y establecieron, así como ampliaron progresivamente el Imperio otomano, proceso que incluyó la conquista de Constantinopla en 1453 (Informe de la Comisión Independiente para Turquía, 2004, p.10). Como señala Burgdorf (2004), Turquía y el Imperio otomano no siempre ha sido percibidos como actores opuestos a los intereses europeos.

Baycar mantiene que también es importante destacar que la República de Turquía mantiene estrechas relaciones con el mundo occidental y que participa de forma activa en todas las instituciones a nivel europeo, a excepción de la UE: la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Organización del Tratado Atlántico Norte (OTAN), la Organización para la Cooperación Económica Europea (OCDE), la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo (BERD) y el Consejo Europeo (Informe de la Comisión Independiente para Turquía, 2004, p.12).

Además, Turquía ha llevado a cabo un rápido proceso de modernización. No obstante, cabe destacar otros países musulmanes que han experimentado cambios similares, por ejemplo, Malasia, Indonesia o Túnez. Este proceso no condujo a Turquía por el mal camino, por lo contrario, el país obtuvo considerables éxitos por su adaptación al proceso de modernización. El grado de civilización alcanzado por la nación turca es prueba de ello. Yilmaz (2004) señala que el hecho de que Turquía haya logrado modernizarse en gran medida, está vinculado a la posesión de su libre voluntad propia y al mantenimiento de su independencia política. En este sentido, Turquía ha experimentado cambios significativos en su cultura a medida que se han desarrollado unas relaciones estrechas con el mundo occidental; en Turquía se encuentra una síntesis armoniosa entre oriente y Occidente (Baycar, 2013). Paradójicamente, existe una gran similitud entre la cultura griega y la turca, similitud que Grecia no comparte con ningún otro país de la UE, a pesar de que se considere que estos dos países pertenecen a

distintas civilizaciones. Sin embargo, a pesar de que estos dos países sean los más próximos culturalmente, también son los dos estados con la relación más difícil.

Baycar, apunta que los cristiano-demócratas europeos constituyen la gran mayoría de voces que defienden que un país musulmán no debe ser integrado en la llamada Europa cristiana. No obstante, esto implicaría que el secularismo no es un principio aceptado en Europa, cuando claramente lo es. Además, Baycar señala que Turquía no es un país musulmán sino laico en el que la religión islámica no tiene influencia sobre los asuntos del estado, aunque como veremos en el cuerpo del trabajo, la religión esta ganando cada vez más peso en los asuntos estatales.

Baycar concluye afirmando que el diferente carácter de la identidad turca no debe ser visto como una amenaza a la Unión Europea, sino que debe ser entendido como parte de un mosaico cultural. Además, la UE no debe ser considerada un club cristiano, sino como una unión fundamentada en valores universales. Como se ha mencionado con anterioridad, Turquía es parte del patrimonio común europeo. De acuerdo con el autor, la pertenencia de Turquía a la UE enriquecería la cultura europea y demostraría al mundo que «choque de civilizaciones» de Samuel P. Huntington no es el destino de la humanidad. A este respecto, Baycar sostiene que la cuestión que nos deberíamos preguntar es si entendemos el concepto europeo como una condición o como un proyecto, y si el debate sobre la identidad europea debería centrarse en la historia de Turquía o, más bien, en el futuro de Europa.

#### **4.3. Identidad cívica e identidad cultural**

No hay una fecha exacta o un acontecimiento específico por el que se haya derrumbado el puente que ha conectado Oriente Medio y Europa durante siglos y que parecía tan fuerte en 2002. No obstante, en algún punto durante el gobierno del AKP, Turquía ha demostrado que ya no era un país europeo centrándose en su identidad turca. El desvanecimiento del europeísmo en Turquía comenzó en el decenio de 1960. Desde entonces, el europeísmo se ha presentado en forma de utilitarismo,

institucionalismo, y finalmente, como euroescepticismo. Cada etapa ha sido el resultado de una profunda política de identidad de Europa que se ha centrado en la «otredad» de Turquía y que ha terminado en un punto muerto entre la Unión Europea y el gobierno turco. Esto ha resultado en que Turquía haya perdido la fe tanto en el aspecto cultural como institucional de la UE (Karamanoglu, 2019).

Karamanoglu (2019) señala la importancia de comprender como los dos distintos componentes de la identidad, el cívico y el cultural, han jugado un papel en contra de la adhesión turca. El Dr. Bruter del London School of Economics sostiene que la identidad no es tan fija y rígida como les gusta pensar a los políticos populistas de Europa. La religión, el idioma o la cultura no son los únicos elementos que constituyen la identidad. La religión, el idioma o las perspectivas de vida solo representan el componente cultural, que es el componente rígido y fijo que se hereda a lo largo de los siglos y que no cambia a lo largo de la vida (Karamanoglu, 2019).

El componente cultural no es el único que conforma la identidad. Existe otro componente que es la identidad cívica, es decir, la identificación con las instituciones, los procesos y la estructura de la Unión Europea. Este es el componente de la identidad que se hace más fuerte según se beneficia de la integración. Desde una perspectiva utilitaria de la integración, la identidad cívica europea de cada uno se verá aumentada a lo largo del tiempo a medida que se esta exponga cada vez más a las ventajas de las instituciones como el mercado único o los derechos de libre circulación (Karamanoglu, 2019).

Karamanoglu (2019) defiende que, en el caso de Turquía, el componente cultural de la identidad europea nunca ha existido realmente. Como la única nación abrumadoramente musulmana del continente, su cultura siempre difirió de forma significativa. Dado esto, la identidad cívica europea fue el único componente de identidad que ha existido. Sin embargo, incluso la identidad cívica hacia la integración europea se ha desvanecido. Las esperanzas de crear una identidad cívica europea común en Turquía ya no existen desde 2010. Como puente entre Oriente y Occidente, Turquía siempre ha tenido la capacidad de aunar dos civilizaciones de forma pacífica. En

este sentido, la política exterior de Turquía, tradicionalmente inclusiva y pacífica hacia sus vecinos, tanto de Occidente como de Oriente, podría constituir no solo un modelo para el mundo musulmán, sino también la solución que contiene las claves de las nuevas amenazas para Europa. No obstante, ahora el puente entre ambos se está derrumbando cada día, y la UE está perdiendo la oportunidad de reconstruirlo debido a su política de identidad y a la definición homogénea de integración europea (Karamanoglu, 2019).

«Turquía no es lo suficientemente europea» es la retórica por defecto en Europa hoy en día. Aunque la retórica antiturca en Europa aumentó en el contexto posterior al 11-S, debido a la islamofobia y el turcoescepticismo, la crítica a Turquía en el proceso de integración de la UE no es nada nuevo. El ex presidente francés, Valéry Giscard d'Estaing, fue el primer político que lo expresó con franqueza en 2002: «Turquía nunca debe ser miembro de la Unión Europea». La admisión de este enorme estado musulmán no europeo, dijo, significaría el fin de la UE (Casey, 2016). Este fue uno de las docenas de políticos europeos que consideraban que Europa era un concepto cultural más que un concepto cívico o institucional, es decir, creían que para ser europeo se debía compartir la historia, la cultura y la religión. Ante esta creencia, Turquía no habría tenido ninguna posibilidad de ser considerada como un país europeo.

Como defiende Giscard, entre muchos académicos y élites europeas, la adhesión de Turquía en la UE se considera la ampliación más complicada y costosa. Si Giscard tiene razón sobre lo que significa ser europeo, entonces los argumentos antitúrcos de cara a la adhesión son justos. La identidad cultural turca no puede ser asimilada en la identidad cultural común de Europa. No obstante, uno debe preguntarse: «¿Es necesaria esta asimilación cultural para ser miembro de la UE? ¿Hay que proceder de la misma civilización que los demás para compartir una identidad y ser considerado europeo?» (Karamanoglu, 2019). Otro argumento, en este sentido, es que muchos de los miembros y candidatos a la UE, como Bulgaria, Chipre, Grecia, Albania, entre otros, vivieron cinco siglos de su historia dentro del Imperio otomano y sus independencias son bastante recientes.

Bruter, por su parte, sostiene que, aunque la integración europea ha tenido éxito en la creación de una identidad europea colectiva, especialmente en los estados miembros, no existe un entendimiento común de lo que significa ser europeo, a diferencia de Giscard o de lo que defienden los medios de comunicación europeos. La identidad toma diferentes formas para diferentes personas con varios significados y motivaciones (Bruter, 2003). La identidad es más que la cultura, el idioma o la religión; también tiene un componente cívico.

Ser «cívicamente europeo» significa percibir la Unión y el proyecto de integración como un sistema político relevante que define los propios derechos. Por otro lado, ser «culturalmente europeo» consiste en sentirse más cercano a alguien de un estado miembro que alguien de un estado externo. Por lo tanto, aunque los Estados miembros se identifican con la Unión, sus definiciones de lo que significa ser europeo difieren, dependiendo de la motivación inicial de su adhesión. En este sentido, a pesar de que Turquía no ha sido un país europeo con un componente cultural de identidad, su adhesión podría haber sido posible gracias a su identidad cívica europea, si la UE se hubiera acercado a Turquía con buenas intenciones y sin la hipocresía excusada por los Criterios de Copenhague (Karamanoglu, 2019).

Meinhof (2004) también apoya este argumento y añade que el sentimiento de identidad europea aumenta a lo largo del tiempo con la experiencia europea a la que uno está expuesto. Este es el caso de los países de Europa del este: «[...] durante siglos los pueblos no tuvieron en realidad ninguna identidad europea que fuera común a la de la Europa occidental, debido a que estuvieron bajo la dominación otomana y soviética. Sin embargo, hoy en día Polonia y Lituania obtienen una puntuación notablemente elevada cuando se les pregunta por su identidad europea. Por lo tanto, se puede argumentar que tal vez la identidad europea es un sentimiento que sólo se desarrolla después de unirse a la Unión, empleando sus recursos y experimentándola» (Meinhof, 2004)

Karamanoglu (2019) mantiene que debido a que las experiencias europeas pueden afectar a la identidad europea, la disminución de la identidad cívica europea de

Turquía está justificada. Turquía es el único país de Europa oriental que no puede viajar libremente por Europa debido a las restricciones de su visado. La UE no le concede ningún privilegio a su «socio» en comparación con los que concede a algunos países pobres de América Latina, países africanos devastados por la guerra, o Estados asiáticos superpoblados, a pesar de que la inmigración turca a los países de la UE ha disminuido drásticamente en las últimas décadas. Esto demuestra que el trato hacia Turquía no es más que una parte de las otras políticas de alteridad de Europa hacia Turquía.

De acuerdo con Karamanoglu (2019), la política de identidad de la UE centrada en la identidad cultural turca ha causado, por lo tanto, dos cambios en las relaciones entre la UE y Turquía. Por una parte, los turcos se han sentido genuinamente mal acogidos por la comunidad europea. Su fuerte identidad cívica europea comenzó a desvanecerse a partir de los años 50 y desapareció por completo bajo el gobierno del AKP desde 2005. La alteridad de la identidad turca, en la que se centró la UE, condujo a unas negociaciones de adhesión hipócritas que posteriormente bloquearon el apego cívico de los turcos a la Unión. En segundo lugar, Turquía también ha perdido su fe en las instituciones europeas. Las prolongadas, inútiles e hipócritas conversaciones de adhesión y el problema de identidad, que siempre ha planteado, hicieron que Turquía perdiera su motivación para unirse a la UE. En este sentido, la falta de motivación también ha hecho que Turquía se convierta en un duro negociador frente la UE.

## 5. CAPÍTULO I: KEMALISMO Y ORIENTACIÓN HACIA OCCIDENTE

### 5.1. El contexto kemalista

#### 5.1.1. El trauma de Sévres y el tratado de Lausana

La derrota del imperio Otomano ante los aliados en la Primera Guerra Mundial quedó claramente reflejada en el Tratado de Sévres (10 de agosto de 1920). Este tratado implicaba enormes pérdidas territoriales, lo que los nacionalistas turcos, dirigidos por Mustafa Kemal Atatürk, calificaron de inaceptable. De ahí, iniciaron la denominada Guerra de Independencia contra los aliados que culminó con el Tratado de Paz de Lausana (24 de julio de 1923) (Jerez Ríos, 2012). Como señala Sina Akşin (2007), el Tratado de Sévres dio forma a la identidad nacional turca así como a la política exterior e interior del Estado turco hasta la actualidad:

Como nación que sobrevivió al Tratado de Sévres, los turcos también son conscientes de esta realidad y, por lo tanto, aunque han transcurrido muchas décadas desde la muerte de Mustafa Kemal, los principios en los que se basó su revolución se mantienen junto con sus instituciones (Akşin, 2007).

El trauma histórico derivado del Tratado de Sévres tiene su expresión en el denominado «Síndrome de Sévres», definido por Thanos Dokos (2009) como «el miedo al desmembramiento territorial como resultado de alguna forma de intervención extranjera», lo que hace que Turquía desconfíe de los países occidentales, así como contribuye a debilitar la confianza de la nación en sí misma. En el presente, el «Síndrome de Sévres» continua teniendo consecuencias en las relaciones entre la UE y Turquía y ha moldeado sus culturas relativas a la seguridad de diferentes maneras (Bilgin, 2011).

El nacimiento de un Estado moderno turco surge del Kemalismo o Atatürkismo (Zürcher, 2010): un movimiento político liderado por Mustafa Kemal Atatürk (padre de la política turca moderna) cuyo objetivo principal era construir una nueva Turquía occidental e industrializada. En este sentido, la Constitución de 1924 constituía una declaración de intenciones:

Kemal Atatürk [...] desarrolló un nuevo nacionalismo turco “europeizado” basado en la idea dominante de estado nación. El objetivo era crear una única identidad turca, introduciendo dramáticas reformas destinadas a desplazar la importancia del Islam en la sociedad, colocando a los militares en el centro del Estado y buscando inspiración el Occidente secular e industrial (Yildiz & Muller, 2008).

Sin embargo, la República, que surgió en 1923 tras la victoria otomana sobre los aliados, se olvidó pronto del carácter multiétnico de su población y promovió una identidad étnica y religiosa turca. Un proceso que numerosos académicos definen como «turquización». El proceso de «turquización», que erosionó la pluralidad religiosa y étnica del país, «debería ser visto como la continuación de un proceso de transformación demográfica que comenzó antes del siglo XX» (Mills, 2010) en el contexto de la disolución territorial y política del Imperio Otomano. Este proceso transcurrió paralelamente al surgimiento del «Estado unipartidario» (Zürcher, 2010) en el que Atatürk consolidó su poder político omnipresente. Esto formaría la base del culto institucionalizado y continuado de su personalidad dado que el kemalismo se considera una ideología (de hecho, todavía hoy, el nombre de Atatürk «está en todas partes, y sus fotos, bustos y estatuas también» (Akşin, 2007).

### 5.1.2. El legado kemalista: secularismo y autoritarismo

No hay duda de que el modelo republicano kemalista de modernización logró importantes metas económicas y sociales en el siglo XX. Fue capaz de alcanzar una significativa industrialización y desarrollo económico, y hacer de Turquía un candidato oficial para adherirse a la Unión Europea. Y más aún:

A través de su hipersecularismo, fue capaz de excluir la política islámica en una sociedad predominantemente musulmana. Ciertamente, el más moderado curso progresista que los islamistas adoptaron en Turquía en la década del 2000 refleja, en parte, el impacto del proyecto de modernización kemalista con el que Turquía fue capaz de alcanzar una transición a un orden político democrático (Fuat Keyman & Önis, 2007).

No obstante, todo este progreso económico y político tiene su parte negativa: «La represión rutinaria no violenta en Turquía está esencialmente ligada a la noción de



una identidad homogénea y secular turca, y a su exaltación del concepto de estado» (Fuat Keyman & Önis, 2007). Desde 1925 hasta 1950, Turquía vivía bajo un régimen de partido único basado en un secularismo pero con una profunda influencia occidental (especialmente francesa):

A diferencia de la separación de la iglesia y estado, que es la versión americana del secularismo, el modelo kemalista se basaba en un laicismo jacobino radical que pretendía transformar la sociedad a través del poder del estado y eliminar la religión de la esfera pública (Akyol, 2009).

La eliminación de la religión de la esfera pública llevada a cabo por el régimen autoritario y secularista no significó el establecimiento de un sistema completamente racional, sino más bien el de un estado y una «fe secular»<sup>6</sup>, como señala Saktanber: «En tan solo una década, el Islam fue reemplazado por una nueva fe pública basada en el “turquismo” y en el culto a la personalidad creado en torno a Mustafa Kemal Atatürk». Un régimen que se entendía a sí mismo como una élite secular, como un gobierno «para el pueblo, a pesar del pueblo» (Akyol, 2009). La transición de un partido único a un sistema multipartidista conllevó una cierta liberalización política. Sin embargo, el sistema multipartidista turco mantuvo las costumbres autoritarias, como la prohibición de los partidos comunistas y socialistas, y la «penalización de todas las inclinaciones e ideologías socialistas» (Akşin, 2007). El carácter autoritario de una democracia débil o «problemática» (Zürcher, 2010), como la turca, se manifestó en tres golpes de estado militares (1969, 1971 y 1980) y un denominado «golpe de estado posmoderno» (Akşin, 2007) en 1997. La precaria transición a un régimen multipartidista mencionada con anterioridad fue paralela a la integración de Turquía en estructuras militares occidentales: Turquía entró en la OTAN en 1952. Esta ruptura con la tradicional política exterior kemalista de neutralidad reflejó en efecto la postura anticomunista del nuevo sistema multipartidista turco.

<sup>6</sup> «Entre la ciencia y la fe religiosa hay creencias intermedias; estas son creencias comunes de todo tipo que son relevantes para los objetos de apariencia secular, como la bandera, el país, una forma de organización política, un héroe, o acontecimientos históricos, etc.» (Saktanber, 1997).

### **5.3. Euroislamismo**

#### **5.3.1. Los primeros años del AKP**

El 14 de agosto de 2001 nace el Partido de la Justicia y el Desarrollo (Adalet ve Kalkınma Partisi, AKP), denominado igual que el partido islamista marroquí PJD (Parti de la Justice et du Développement), cuya formación política predecesora estaba vinculada a los Hermanos Musulmanes. En el contexto de los ataques terroristas del 11-S, Washington declara la Guerra contra el Terror para lo que necesitaría sus propios aliados del mundo islámico. En este sentido, el mejor candidato era precisamente un partido islamista turco que mantenía una buena relación tanto con Estados Unidos como con Europa (Mourenza & Topper, 2019).

El AKP asciende al poder, con una mayoría superlativa, en las elecciones de 2002, posicionándose como un partido nuevo, transparente y europeísta. Yasar Yakis, uno de los fundadores del partido señaló: «En el programa electoral, evitamos incluir cualquier mención a los valores religiosos». Y los portavoces del partido dejaron claro que el AKP era equidistante a todas las religiones, incluso el ateísmo. No obstante, pese a que en las reuniones del partido aparecían retratos de Mustafa Kemal Atatürk, no hay que olvidar la herencia religiosa del partido. La prensa lo describió como un partido «islamismo moderado», «islamodemócratas» o «euroislamistas». Todos estos términos fueron rechazados por los líderes del AKP, que preferían definirse como «demócratas conservadores». Bülent Arınç, uno de los fundadores del AKP y Viceprimer Ministro de Turquía entre 2009 y 2015, explica: «Nuestro pensamiento se basa primero, en mantenernos fieles a los valores democráticos. Y, en cuanto a “conservadores”, se refiere a conservar los valores culturales y las creencias de nuestra sociedad». Así pues, durante la primera legislatura los dos gabinetes conformados estuvieron compuestos por solo cuatro personas involucradas en el movimiento islamista de un total de 24 ministros (Mourenza & Topper, 2019).

Tras obtener la victoria en las urnas en 2002, el líder del AKP, Recep Tayyip Erdoğan, se postuló firmemente a favor de la palabra del pueblo. No obstante, este

continuaba levantando cierta suspicacia acerca de su compromiso con la democracia y, a pesar de afirmar que había cambiado, la población no se olvidaba de algunas de sus citas: «Gracias a Dios, nosotros estamos a favor de la sharía» o «La democracia es un instrumento, no el objetivo» (Mourenza & Topper, 2019). En este sentido, Mourenza y Topper (2019) aseveran: «Su nuevo rol de demócrata lo interpretó de manera tan convincente que acabó por creérselo. [...] Puede defender algo, y más tarde, lo contrario, con la misma pasión y absolutamente convencido de ello». En este sentido, como señala Mourenza:

Erdoğan es muy hábil políticamente, sabe leer los tiempos que corren, y si en la década del 2000 su tendencia era más liberal demócrata en consonancia con los tiempos que transcurrían, ahora encaja perfectamente en la figura del populismo conservador que está tan de moda desde Rusia, EEUU, la Hungría de Viktor Orbán, etc. (Rodríguez López & Mourenza, 2019).

Cabe aclarar que Erdoğan, si bien lideraba el partido, no gozó del cargo de Primer Ministro, que le correspondió a Abdullah Gül, hasta marzo de 2003. Estuvo inhabilitado por la justicia hasta que logró recuperar sus derechos políticos mediante una reforma constitucional pactada por Gül con la oposición. Erdoğan aprovechó para viajar por todo el mundo en calidad de primer ministro de facto. Su prioridad era obtener en Washington y Bruselas el respeto que no obtuvo por parte de la élite turco-laica, un cometido complicado dado que el entramado diplomático estadounidense lo percibía como un hombre «arrogante y orgulloso» con una «ambición desenfrenada» radicada en la creencia de que Dios lo había elegido «para dirigir Turquía» y con rasgos «autoritarios» (Edelman, s.f.). Fue gracias al empresario Cüneyd Zapsu que cambió rápidamente esta percepción del líder del AKP. Zapsu, la mano derecha de Erdoğan durante la primera legislatura, amplió la visión de Erdoğan en lo relativo a la economía, la política y la mujer. Además, como señalan Mourenza y Topper (2019), «A través de sus contactos le abría las puertas de numerosos despachos en Bruselas y Washington, y fue uno de los arquitectos de los viajes internacionales que lo convirtieron en un político aceptable a ojos del mundo». La actitud aperturista, impulsada por Zapsu, que adoptó Erdoğan, culminó en 2005 cuando el AKP fue aceptado como miembro observador del Partido Popular Europeo (PPE) (Mourenza & Topper, 2019). Bülent Arinç así lo expresó:

Erdoğan se entrevistó con primeros ministros, con presidentes, mantuvo encuentros con los centros de poder más importantes. Tras estas giras, la desconfianza de Occidente se redujo. Vieron que el AKP no sería un Gobierno islamista como lo habían pintado, ni tampoco era un partido religioso a favor de la sharía, sino una formación que miraba a Occidente, que creía en el Estado de derecho y en la fuerza de la democracia. Creyeron en nosotros y en nuestra honestidad, y eso supuso un gran apoyo psicológico para el AKP. Tenemos una deuda de gratitud con Occidente. Una deuda que aún perdura (Mourenza & Topper, 2019).

### 5.3.2. Las reformas y el camino hacia la Unión Europea

La época dorada que vivió Turquía entre 2002 y 2007 vino impulsada, en cierto modo, por la presión ejercida por la Unión Europea. En este sentido, la dirección que tomaron los primeros pasos del nuevo partido a la cabeza del país estaba encaminada a cumplir los requisitos impuestos por la UE. Un mes más tarde de la llegada del AKP al poder, durante la Cumbre de Copenhague de diciembre de 2002, se acordó la revisión en 2004 de los progresos realizados por Turquía, y en el caso de que el país cumpliera con los requisitos demandados, daría comienzo, sin mayor dilación, la negociación de adhesión (Chislett, 2004). El país dio comienzo a una dinámica de reformas sin precedentes apoyada por la población turca, ya que según las encuestas el 70 % de los ciudadanos estaba a favor del ingreso en la Unión. A los dos paquetes legislativos ratificados durante el Gobierno de Bülent Ecevit (1999-2002) se le sumaron cinco paquetes nuevos, cuyo objetivo era armonizar las leyes turcas y las europeas (Mourenza & Topper, 2019).

En el lapso de dos años, Turquía eliminó completamente de su legislación la pena de muerte; permitió emisiones en lengua kurda e idiomas de otras minorías; dificultó la ilegalización de partidos políticos; recortó las prerrogativas del Consejo de Seguridad Nacional, de manera que los militares vieron reducida su influencia sobre el Ejecutivo; suprimió los Tribunales de Seguridad del Estado; facilitó el acceso de la población a la Justicia; estableció la figura del Defensor de Pueblo, etc. (Mourenza & Topper, 2019).

El Gobierno de Erdoğan continuó el programa de ajuste financiero, que los gobiernos anteriores ya habían contemplado, y por primera vez en veinticinco años logró reducir la inflación por debajo del 10 %. El AKP cumplió con las exigencias impuestas por el FMI y la UE, y vendió numerosas propiedades públicas. En tres años la privatización resultó en más del doble que en las dos décadas anteriores (Mourenza & Topper, 2019). Se lograron sanear las cuentas públicas mediante los dividendos obtenidos de dichas privatizaciones, y al mismo tiempo, las privatizaciones y las reformas legislativas aprobadas por el Parlamento contribuyeron a atraer a múltiples inversores, «lo que poco a poco fue convirtiendo a Turquía en la fábrica de Europa: si bien su mano de obra no era tan barata como la asiática, ofrecía más calidad y mayor cercanía a los mercados destino», señalan Mourenza y Topper (2019). Los servicios públicos también mejoraron de forma considerable, en particular el transporte, la sanidad y la educación. Siguiendo esta línea de prosperidad económica, el PIB del país ascendió, entre 2002 y 2007, a una media de casi el 7%, con lo que Turquía alcanzó el nivel de las potencias emergentes más exitosas. Del mismo modo, en ese mismo tiempo la población turca también vio aumentar su economía; la renta per cápita pasó de tres mil quinientos dólares a prácticamente diez mil, dando lugar a un gran aumento de la clase media. Finalmente, la pobreza también se redujo enormemente pasando del 30 al 8,4% (Mourenza & Topper, 2019). Asimismo, Erdoğan intentó aprobar ciertas medidas proislámicas, por ejemplo, la obligación de incluir capillas para el culto en todos los nuevos edificios, pero fueron retiradas antes de su votación como resultado de la polémica que habían causado (Mourenza & Topper, 2019).

A medida que la perspectiva de ingreso de Turquía se hizo más tangible con la apertura de las negociaciones de adhesión en 2005, la oposición a la misma comenzó a manifestarse cada vez más, cuestionando el ambiguo «europeísmo» del estado turco, que plantearía un profundo desafío para el proyecto europeo. En los años 2004 y 2005 se produjeron intensos debates sobre si Turquía debería, en principio, convertirse en miembro de la UE y, en particular, sobre cuestiones relacionadas con su identidad cultural. Hasta el último minuto antes de iniciar las negociaciones de adhesión en octubre de 2005, Austria declaró que el objetivo de las negociaciones no debía ser la membresía plena, aunque no se descartase la posibilidad de una eventual adhesión. Un

mes antes de ganar las elecciones alemanas, la líder demócrata-cristiana, Angela Merkel, envió una carta a los jefes de Estado conservadores de la Unión Europea, en la que subrayaba que las negociaciones de adhesión con Turquía no debían conducir a la adhesión, sino a una «asociación privilegiada» y que debían tener un «carácter indefinido». En consonancia, Francia intentó introducir el reconocimiento de Chipre como una condición novedosa para iniciar las negociaciones antes del 3 de octubre de 2005, lo que supuso una inversión de su postura y compromisos anteriores. Las facciones conservadoras y cristianodemócratas del Parlamento Europeo ejercieron una intensa presión a lo largo de 2005 para formalizar el concepto de «asociación privilegiada» con Turquía. El impulso del proceso de adhesión de la nación turca se fue perdiendo, las negociaciones avanzaron a paso lento en sus primeros años y finalmente se atascarán por completo entre 2010 y 2013 (Aydin-Düzgit & Tocci, 2015).

Por otro lado, las élites kemalistas, que controlaban una gran porción del poder fáctico y dirigían la economía, la cultura, la academia y la Judicatura, temían perder su poder ante una sociedad posnacional liderada por un gobierno islamista que apostaba por el aperturismo global. La sociedad turca estaba completamente polarizada, y el sector kemalista consideraba que el objetivo del AKP era suplantar la identidad turca y sus valores nacionales. El discurso kemalista defendía tres puntos principales, que más tarde Erdoğan irá adaptando a su propio discurso. Primero, el pueblo está constituido por el sector de la sociedad afín a sus ideales, en el caso kemalista, laicismo y nacionalismo. Segundo, los principios del régimen (laicismo, unitarismo y nacionalismo) están por encima de la democracia. En este caso, Erdoğan defenderá que la soberanía popular está por encima de todo (del régimen, de la democracia y de los derechos humanos). Tercero, la creencia de que los poderes geopolíticos, en este caso la UE, intentan dividir y repartirse el estado turco («Síndrome de Sèvres»). Resulta curioso el cambio en la postura kemalista hacia la UE, cuyo precursor abogaba por una modernización basada en el occidentalismo. Este sentimiento de rechazo nace del miedo a que la integración en la UE, y con ella la democratización del país, supusieran un aumento de la participación de las masas «incultas» del país, contrarias a los valores defendidos por la élite kemalista (Mourenza & Topper, 2019).

### 5.3.3. Los años dorados de la relación turco-europea

El Consejo Europeo de Helsinki de 1999, en el que Turquía se convierte en candidato oficial a la adhesión a la Unión Europea, marca el inicio del ciclo virtuoso de las relaciones turco-europeas: los gobiernos turcos, antes y después de la victoria del AKP en 2002, empezaron a centrarse en las reformas necesarias para lograr la armonización con los criterios establecidos por la UE. El anclaje en la UE se percibió como un elemento que contribuía a la estabilidad política de Turquía. En conjunto, las reformas como la abolición de la pena de muerte y la autorización de emisiones en idiomas distintos al turco permitieron que el país empezara a cumplir con los criterios de Copenhague exigidos para ser miembro (gobernanza democrática funcional, estado de derecho, respeto de los derechos humanos y protección de las minorías, economía de mercado en funcionamiento y armonización con el acervo comunitario). En el caso de los criterios políticos, estos constituyen un prerrequisito para iniciar las negociaciones, en particular si, como ocurrió en caso de Turquía, los Estados miembros de la UE piden a la Comisión que evalúe en mayor profundidad su cumplimiento. Durante un tiempo, el Gobierno turco mantuvo un ritmo elevado de reformas. La interacción entre la credibilidad por parte de la Unión y la voluntad de Turquía de incurrir en los costes de adaptación a las normas de la UE hicieron posibles las reformas políticas. A pesar de que hubo ciertas controversias, los paquetes de reforma constitucional que comenzaron en 2001, después de la adopción por parte de Turquía del «Programa Nacional para la Adopción del Acervo» (NPAA), auguraban una Turquía más pragmática, democrática e inclusiva, estrechamente integrada en el orden europeo. Todas esas reformas permitieron a la Comisión Europea declarar, aunque de forma ambigua, que Turquía cumplía los criterios políticos para iniciar las negociaciones tras el informe de progreso de octubre de 2004. Por su parte, el Consejo Europeo también dio luz verde en diciembre de ese año y las negociaciones comenzaron en 2005. Este fue un momento de alegría, en particular entre los sectores reformistas turcos, pero las esperanzas se disiparon poco después (Soler i Lecha, 2019).

## 6. CAPÍTULO II: EL VIRAJE DE TURQUÍA HACIA ORIENTE MEDIO

### 6.1. La nueva política exterior de Turquía

El periodo de 2007 a 2013 se caracterizó por un estancamiento de las relaciones turco-europeas. Los cambios políticos tanto en el seno de la UE como en Turquía pusieron freno gradualmente al ciclo virtuoso que había experimentado la relación entre el estado turco y la Unión. Chipre se convirtió en miembro de pleno de derecho de la UE tras el rechazo por parte de los de los grecochipriotas del Plan Annan para la reunificación (2004)<sup>7</sup>. A partir de entonces, ese país pudo imponer sus propias condiciones de cara a la adhesión de Turquía. Además, como se ya ha mencionado con anterioridad, los nuevos dirigentes conservadores en Alemania, Angela Merkel, y Francia, Nicolas Sarkozy, se mostraron mucho más reacios a la adhesión de Turquía a la UE que sus predecesores (Gerhard Schröder y Jacques Chirac, respectivamente). El consejo de la UE bloqueó varios capítulos de la negociación en diciembre de 2006 y, después, Chipre y Francia anunciaron el veto a otros adicionales.

Paralelamente, a medida que el AKP va consolidando su poder en Turquía disminuye su necesidad de integración en la UE. En la primera legislatura, el AKP recurrió a la UE como argumento para justificar reformas, y en algunas ocasiones también le ayudó a debilitar rivales políticos o sociales, por ejemplo el ejército. A partir de 2007 desaparece la necesidad de cumplir con los requisitos de la UE, lo que permitió a Ankara llevar a cabo las reformas de una manera más selectiva. La pérdida de ilusión de Turquía por la UE otorga al AKP una mayor influencia para calibrar los beneficios del proceso de reforma a su favor en un clima político cada vez más prisionero de la tensión y la polarización. Asimismo, como se detalla más adelante, la crisis económica de la Unión Europea y la Primavera Árabe infundieron la idea de que Turquía podría ser capaz de

<sup>7</sup> El Plan Annan fue el producto de unas intensas negociaciones conducidas entre los turcochipriotas, los grecochipriotas, Turquía y Grecia, bajo la supervisión del Secretario General de Naciones Unidas . Si el Plan hubiese sido aprobado, se habría logrado una resolución para la separación de la isla. Tras los referendos celebrados, la parte grecochipriota, que rechazó el Plan Annan, entró en la UE. No obstante, la parte turcochipriota, que aceptó el plan, permaneció fuera de la UE (Turkish Coalition of America, 2007).



poner en práctica su propio juego geopolítico y que la UE necesitaría más a Turquía que al revés (Soler i Lecha, 2019).

Como ya se ha mencionado anteriormente, el proceso de adhesión a la Unión Europea entra en un punto muerto hacia 2008 con motivo de la oposición planteada por algunos miembros por motivos de carácter político más que técnico:

Por un lado había una cierta “fatiga de ampliación” en Bruselas por la precipitada absorción de Estados de Europa del Este y, por otro, los Gobiernos europeos más conservadores en especial el de Angela Merkel en Alemania y el de Nicolas Sarkozy en Francia, enfatizaron un discurso contrario a la adhesión de la «musulmana» Turquía para evitar que la ultraderecha hiciese bandera del tema y les robase votantes (Mourenza & Topper, 2019).

Por este motivo, el gobierno turco comenzó a replantearse su política exterior, y fijó la mirada en Oriente Medio. Ahmet Davutoğlu, Ministro de Exteriores (2009-2014) y más tarde Primer Ministro (2014-2016), fue el arquitecto de la nueva política exterior y del concepto de «profundidad estratégica», por el cual Turquía debía alejarse del paradigma binario característico de la Guerra Fría y explotar su posición geoestratégica de «país central», entre Europa, Asia y África. La idea era que Turquía rescatase sus raíces culturales e históricas, mediante una consolidación de sus relaciones con las regiones que en su día formaron parte del Imperio otomano, procurando una política de «cero problemas con los vecinos» (Mourenza & Topper, 2019).

En este sentido, la participación de Turquía en la resolución de las crisis internas del Líbano, sus intentos de mediación entre Israel y Siria, su interés por la reconciliación palestina, los intentos de facilitar la participación de los grupos suníes iraquíes en las elecciones parlamentarias, y su implicación en la cuestión nuclear iraní son solo algunos ejemplos de esta política de mediación. Si bien es cierto que, en la mayoría de casos, Turquía no logró sus objetivos en la resolución de conflictos, gracias a su participación pudo identificarse a sí misma como una potencia regional benigna cuya misión era aportar estabilidad y orden. Además, el AKP dependía en gran medida del poder blando – un ejemplo de ello se encuentra en el ámbito de la producción audiovisual, a partir de

2010 Turquía pasa ser el segundo mayor exportador mundial de series televisivas (Mourenza & Topper, 2019) – ya que los éxitos económicos y las reformas de democratización de Turquía, en consonancia con el proceso de admisión en la UE, aumentaron su atractivo en la región. Esta imagen positiva del país se vio reflejada en las encuestas de opinión pública realizadas en el mundo árabe (Altunışık, 2015).

Para el AKP la promoción de la paz y estabilidad en Oriente Medio era sumamente importante por varias razones. En primer lugar, la estabilidad en la región contribuiría asimismo a lograr la propia estabilidad de Turquía, a mejorar sus oportunidades económicas, y en general, aumentar su influencia en la región. No obstante, también contribuyó a lograr ciertos objetivos internos del AKP. El empleo del poder blando, así como de la diplomacia e instrumentos económicos, estaba ligado a uno de los objetivos internos del AKP, principalmente el de limitar el papel del ejército en la política. De manera similar, la promoción de las relaciones económicas serviría a los intereses internos del AKP dado que beneficiaría a los negocios anatolios, que constituían la columna vertebral del éxito electoral del partido. Finalmente, ideológicamente también fue crucial; el viraje de Turquía hacia Oriente Medio fue un elemento clave de la ideología anti-kemalista del AKP ya que, al mismo tiempo, suponía una crítica a la política exterior de la República, reinventaba el otomanismo y promovía una imagen de país poderoso y respetado en la región, algo que el AKP afirmaba que anteriormente había desaparecido. Oytun Orhan, miembro del centro de análisis turco ORSAM, afirma lo siguiente:

Desde que el AKP ganó por segunda vez las elecciones, su imagen se afianzó Oriente Medio: un enorme éxito económico, la perspectiva de entrar en la Unión Europea... Y todo eso dirigido por un hombre del que todos conocen sus raíces islamistas. La gente ve una Turquía llevada al éxito por un hombre que es islámico, pero que puede vivir en democracia. (Mourenza & Topper, 2019)

No obstante, cabe señalar que la implementación de la visión del AKP en Oriente Medio no habría sido posible sin un entorno internacional y regional favorable. A nivel global, el AKP y su compromiso con Oriente Medio encajaban perfectamente con la era de después del 11-S, a partir de la cual los principales actores internacionales buscaban

buenos ejemplos en el mundo musulmán, y la Turquía gobernada por el AKP proporcionaba justo ese ejemplo. Este contexto, que resultó de gran utilidad para la implicación positiva de Turquía en Oriente Medio, se evaporó rápidamente con la evolución regional en la era posterior a los levantamientos árabes (Altunışık, 2015).

## **6.2. Las Primaveras Árabes**

Cuando comenzaron las sublevaciones árabes en los años 2010 y 2011 el Gobierno del AKP tomó dos decisiones políticas de relevancia. Primero, a pesar de sus estrechas relaciones con la mayoría de los países de la región, decidió ponerse del lado de la oposición en los movimientos contra los regímenes, y, segundo, entre los diversos movimientos de oposición, brindó su apoyo en particular al movimiento de los Hermanos Musulmanes de cada país. Estas decisiones se basaron en precisos cálculos estratégicos así como en tendencias ideológicas. Como el entonces Ministro de Exteriores señala, el apoyo a los movimientos de la oposición era una estrategia pensada para posicionar a Turquía «en el bando correcto». (Mourenza & Topper, 2019) Esta estrategia tenía también una faceta más pragmática: el posible éxito electoral de los partidos de los Hermanos Musulmanes era percibido como una oportunidad para el AKP. Habiendo creado su propio movimiento islamista en Turquía, la dirección del AKP ha estado históricamente vinculada con los Hermanos Musulmanes. Cabe destacar que desde su transformación a un «partido democrático conservador», el AKP se ha presentado al resto de partidos de los Hermanos Musulmanes como un modelo a seguir en sus propios procesos de transformación. Por su parte, a los partidos de los Hermanos Musulmanes también les resultó de útil referirse al AKP al enviar mensajes a un Occidente preocupado por sus credenciales democráticas (Altunışık, 2015).

El análisis del Gobierno turco sobre los nuevos desarrollos, a pesar de lo atractivos que resultaron a primera vista, no discernió muchas de las complejidades de dichos acontecimientos regionales. Lo que es más importante, la estrategia del AKP se basó en una visión de la «Primavera Árabe» como una simple lucha entre los regímenes autoritarios y la voluntad del pueblo, que aunque resulta cierta, representa solo un parte

de la historia. Pronto la «Primavera Árabe» también pasó a convertirse en un gran juego estratégico en el que participaban tanto actores regionales como externos. Además, en un lugar como Siria, con una estructura fragmentada y la superposición estratégica de actores externos que participan en complejas alianzas con grupos internos, el levantamiento pronto se convirtió en una sangrienta guerra civil con efectos indirectos en los países vecinos (Altunışık, 2015).

El atolladero sirio obligó a Turquía a tomar partido muy pronto, lo que arrastró al país al conflicto e irónicamente socavó su influencia tanto en Siria como más allá. La crisis siria y la política turca hacia ella también agravaron las ya turbulentas relaciones con el gobierno iraquí y crearon tensiones con Irán. Además, se debilitó la influencia turca en Egipto cuando su aliado, el Presidente Mohamed Morsi, fue derrocado por un golpe militar y el gobierno del AKP reaccionó duramente ante este acontecimiento. Por lo tanto, desde el punto de vista de la negociación de asociación estratégica, las relaciones turco-egipcias han degenerado hacia un estado de crisis. De hecho, el apoyo de Turquía a los movimientos de los Hermanos Musulmanes alrededor del mundo árabe y, en concreto, su crítica al golpe de estado en Egipto generó ciertos roces en sus relaciones con Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos (Altunışık, 2015).

### **6.3. La recaída de Turquía (2013 – 2019)**

Esta nueva fase de las relaciones turco-europeas se caracteriza principalmente por la degradación de la situación política en Turquía. La fuerte represión de las protestas de Gezi<sup>8</sup> en 2013, que reveló ciertos signos de autoritarismo, y la victoria de Erdoğan en las elecciones presidenciales de 2014, al recibir más del cincuenta por ciento de los votos, pusieron a Turquía en el punto de mira. La Unión Europea expresó sus críticas en materia de derechos humanos, justicia, libertad de expresión, de prensa y de reunión, entre otras. Sin embargo, como el proceso de adhesión ya se había detenido, la influencia de la UE en el gobierno era extremadamente reducida. Por lo tanto, la UE

<sup>8</sup> Se trata de una serie de manifestaciones de la población turca en contra del gobierno, que tuvieron lugar en la Plaza de Taksim, en Estambul.

no pudo impedir que el Gobierno de Erdoğan recurriera a prácticas autoritarias cada vez con más frecuencia. La represión de las protestas de Gezi, las purgas y detenciones masivas tras el intento de golpe de Estado de 2016, y el cambio al sistema (Atkinson, 2011), aprobado en un referéndum muy controvertido en abril de 2017, que dio paso a una erosión de la separación de poderes fueron algunos de los numerosos elementos que suscitaron preocupación entre amplios sectores de la población turca y de la UE (Rodríguez López & Mourenza, 2019) (Soler i Lecha, 2019).

La UE también siguió atentamente las elecciones locales de 2019 y cuestionó los motivos de la repetición de la votación en Estambul:

Estambul no es la capital de Turquía pero es el corazón del país y Erdoğan lo sabe, por eso decía que perder Estambul, debido al valor tan simbólico que tiene, era perder Turquía, y por ello se repitieron en Estambul y no en Ankara (Rodríguez López & Mourenza, 2019).

A la luz de todas estas deficiencias, un número creciente de voces comenzaron a expresar que la UE debería hacer algo al respecto. En noviembre de 2017 el Consejo Europeo decidió cortar los fondos de preadhesión de Turquía y en marzo de 2019 el Parlamento Europeo instó a suspender el proceso de negociación. La decisión del Parlamento es el resultado de un proceso en el que parte de los partidarios tradicionales de la negociación de la adhesión habían perdido la fe en la voluntad de reforma del actual Gobierno turco. En este sentido, cabe señalar que si bien el Grupo de los Socialistas y Demócratas (S&D) apoyó la idea de la suspensión, también se opuso a una enmienda respaldada por parte del Partido Popular Europeo (PPE) que abogaba por la terminación. Aunque la decisión del Parlamento no es vinculante en este momento, representa un indicador del estado de ánimo de los principales partidos europeos respecto a la adhesión (Soler i Lecha, 2019).

Por otro lado, este tipo de decisiones y declaraciones son a menudo instrumentalizadas por el Presidente turco, que se presenta, cada vez con mayor frecuencia, como una víctima de una conspiración de escala internacional y expresa su desconfianza hacia los socios europeos y occidentales. En algunas ocasiones, también

ha amenazado con celebrar un referéndum con el objetivo de poner fin al proceso de adhesión, aunque esto todavía no ha llegado a materializarse. A pesar del giro negativo que se ha producido desde 2013, ha habido señales claras de que Turquía y la UE se necesitan mutuamente y que, ante el riesgo de desestabilización, han sido capaces de dejar de lado sus diferencias políticas. La crisis migratoria de 2015/ 2016 y la crisis monetaria de Turquía en 2018 son dos ejemplos de ello. (Soler i Lecha, 2019).

De acuerdo con el informe publicado el año anterior, la Comisión subrayó las esferas en las que el retroceso político se hizo evidente. En el informe se reconocía que: las negociaciones de adhesión se han estancado efectivamente, no se puede considerar la posibilidad de abrir o cerrar más capítulos y no se puede prever actualmente ninguna otra labor de modernización de la Unión Aduanera. El reiterado compromiso del Gobierno turco con el objetivo de adhesión a la UE no ha ido acompañado de las correspondientes medidas y reformas desde entonces, y no se ha abordado la grave preocupación de la UE por la continua evolución negativa del estado de derecho, los derechos fundamentales y el poder judicial (European Commission, 2019).

En el informe también se mencionan los recientes acontecimientos políticos. Por ejemplo, se mencionaba que:

las decisiones del Consejo Supremo de Elecciones de volver a celebrar elecciones en Estambul, así como conceder la alcaldía de determinados municipios del sudeste a candidatos que ocupan el segundo lugar, son motivo de gran preocupación en lo que respecta al respeto de la legalidad e integridad del proceso electoral y la independencia de la institución respecto a la presión política (European Commission, 2019).

Actualmente, las vulnerabilidades de Turquía y Europa afectan a la forma en que se perciben mutuamente. La UE parece tener una capacidad formidable para acumular crisis sin resolver realmente ninguna de ellas, y sin embargo, se muestra resistente a sus efectos. Sin embargo, su imagen y su reputación se ven afectadas por este estado de crisis permanente. Los signos de debilidad de la UE –o incluso peor, la desesperación, como con la denominada «crisis de refugiados» en 2015/2016– se interpretaron en Ankara como una oportunidad para cambiar los términos de la relación en su propio

beneficio. Las enormes y visibles diferencias entre los Estados miembros también envían a Turquía la señal de que podría resultar más ventajoso explorar las relaciones bilaterales en lugar de seguir la vía de la UE. El deterioro político de Turquía y sus debilidades económicas también afectan a la forma en que la UE percibe a Turquía. Se la considera un socio cada vez más impredecible y poco fiable, y un contenedor de riesgos que podrían extenderse a la UE. En los últimos años muchos se han referido a la fatiga de la ampliación, pero en este caso ha crecido una fatiga adicional de Turquía con un fuerte componente de Erdoğan. Además, la comunicación directa entre Erdoğan y los principales dirigentes de la UE se ha hecho menos frecuente y cada vez más tensa, en particular desde 2016 (Soler i Lecha, 2019).

#### **6.4. La cuestión de Chipre**

Existen dos cuestiones relacionadas con Chipre que afectan al proceso de adhesión de Turquía a la UE. Por un lado, el hecho de que Turquía no haya aplicado el Protocolo Adicional de 2005 del Acuerdo de Ankara y no haya ampliado su unión aduanera con la UE abriendo sus puestos y aeropuertos al tráfico greco-chipriota, lo que tiene una influencia directa en la adhesión a la UE. Por otro lado, la reunificación de Chipre, dividida desde la invasión de Turquía en 1974, que no es una condición para la adhesión pero tendría un efecto positivo y podría ayudar a resolver la otra cuestión creando un clima más favorable (Chislett, 2015).

Chipre ingresó en la UE en 2004, pero la legislación de la Unión Europea no se aplica a la República Turca de Chipre del Norte (RTCN), que no goza de reconocimiento internacional. La negativa al reconocimiento de Ankara a la administración grecochipriota llevó a la UE, a finales de 2006, a suspender la apertura de ocho capítulos relacionados con la Unión Aduanera y anunció que ningún capítulo se cerraría hasta que Turquía cumpliera su compromiso. Ankara no cede porque se siente traicionada. Quiere que la UE aplique la decisión, adoptada el 26 de abril de 2004, de poner fin al aislamiento de la RTCN. Esta promesa se hizo poco después de que los turcochipriotas votaran a favor del plan Annan para reunificar la isla –rechazado por los grecochipriotas– y justo antes de que Chipre se uniera a la UE. Chipre sigue bloqueando la reglamentación del

comercio directo necesaria para levantar los aranceles sobre las mercancías de la RTCN (Chislett, 2015).

Las sanciones impuestas por la UE el 15 de julio de 2019 como resultado de la perforación ilegal en aguas territoriales chipriotas empeoró aún más la relación euro-turca. El Gobierno turco afirmó que una parte del gas descubierto recientemente bajo el fondo marino pertenece a la RTCN. La UE por su parte, que no reconoce al Chipre turco, tildó de ilegales a los tres barcos turcos que perforaron el fondo marino. No obstante, las sanciones fueron insignificantes: recortes de las ayudas financieras, suspensión de un acuerdo de aviación y una pausa en las conversaciones de alto nivel. Los funcionarios europeos ofrecieron dos excusas para justificarlo. Por un lado, argumentaron que Europa necesita la cooperación de Turquía en materia de migración y terrorismo, por lo que se debe manejar el país con delicadeza. Erdoğan puede resultar un socio complicado, pero por otro lado, un derrumbe turco enviaría ondas de choque económico o nuevas oleadas de inmigrantes al continente europeo. Por su parte, Erdoğan amenazó con suspender el acuerdo de migración como consecuencia de las sanciones europeas, lo que alentó los temores de la Unión. Por otro lado, la UE carece de la cultura e instrumentos necesarios para hacer retroceder a Turquía. Además, la ONU y EE UU, y no la UE, lideraron los esfuerzos para poner fin a la partición chipriota (Charlemagne, 2019).

### **6.5. La oposición gana fuerza**

Si bien las fuerzas de oposición al Gobierno turco no gozan de influencia en la política gubernamental, tienen un papel fundamental a la hora de conformar las opiniones de sus homólogos políticos y sociales europeos. En la última década, el papel del partido pro kurdo, el Partido Democrático de los Pueblos (HDP, por sus siglas en turco) ha ganado una mayor influencia que el partido de la oposición, el Partido Republicano del Pueblo (CHP, por sus siglas en turco). Esto se debe al activismo del HDP en numerosos países europeos, así como en Bruselas, y se ha amplificado por el encarcelamiento de su carismático líder, Selahattin Demirtaş, junto con otros líderes del



partido. No obstante, las elecciones locales de 2019 añadieron un factor nuevo a la ecuación: Ekrem İmamoğlu, elegido alcalde de Estambul por el partido CHP, con un gran potencial de moldear las opiniones internacionales sobre Turquía. La potencial formación de nuevos partidos de centroderecha por Ali Babacan, Ahmet Davutoğlu u otros políticos que han abandonado al AKP, así como una posible división entre el AKP y el Partido de Acción Nacionalista (MHP, por sus siglas en turco) podría alterar la política de oposición en Turquía y afectar de forma directa a las relaciones la UE (Soler i Lecha, 2019).

El 31 de marzo de 2019 Turquía celebró elecciones municipales, pero había mucho más en juego que el liderazgo municipal. La coalición progubernamental perdió en la mayoría de las ciudades, incluidas, la capital, Ankara, y Estambul, donde viven 16 millones de personas. La controvertida decisión de la Comisión Electoral de volver a celebrar las elecciones para la alcaldía de Estambul reflejó la gran influencia que estaba en juego. En junio de 2019 los ciudadanos de Estambul regresaron a las urnas y el candidato de la oposición Ekrem İmamoğlu consiguió ampliar el margen de su victoria en más de 800.000 votos. Esto resultó en la sorpresa política del año, revitalizando a la oposición tras sucesivas derrotas electorales y ofreciendo una alternativa política a grandes segmentos de la sociedad (Soler i Lecha, 2019). En cierto modo, İmamoğlu accede a la alcaldía de Estambul por una estrategia informal (se produce una cierta alianza entre todos los partidos de la oposición y el partido prokurdo decide no presentar candidato para darle su voto a İmamoğlu) en todo el campo de la oposición para batir electoralmente al AKP (Rodríguez López & Mourenza, 2019). İmamoğlu se presentó como un político accesible, transparente, conciliador y apegado a la diversidad de esta gran metrópoli. Se ganó con éxito la confianza de la mayoría de los votantes kurdos y también capitalizó su reputación de buen administrador, que construyó durante su exitosa gestión como alcalde del distrito de clase media Beylikdüzü. Sobre todo, destacó como un excelente orador que realizó campañas en los barrios, hablando con los residentes sobre los problemas locales. La atención que ha captado, tanto en Turquía como el extranjero, constituyó un nuevo desarrollo no deseado por Erdoğan, que no sólo ha perdido Estambul sino que ha ganado un fuerte rival político. Se han intensificado las especulaciones sobre si el nuevo alcalde podría disputar la presidencia

en el futuro. Lo que es seguro es que Turquía ya no tiene una sola cara política (Soler i Lecha, 2019) (European Commission, 2019).

#### **6.6. El acuerdo de migración y la reciente crisis de refugiados en la frontera greco-turca**

El acuerdo de migración de 2016 firmado entre Turquía y la Unión Europea contempla un paquete que incluía: un plan de reasentamiento para los migrantes a la UE; viajes sin visado en el área Schengen para los ciudadanos turcos; la modernización de la unión aduanera entre la UE y Turquía; la aceleración de las conversaciones de adhesión de Turquía a la UE; y una disposición mal definida sobre la cooperación entre la UE y Turquía para mejorar las condiciones humanitarias dentro de Siria (Mandiraci, 2020).

Debido a la reticencia mostrada por parte de los Estados miembros, en los cuatro años transcurridos desde la entrada en vigor del acuerdo sólo se han reasentado 25.000 sirios de Turquía en la UE. Además, la UE ha retrasado la modernización de la Unión Aduanera y la exención de visados a medida que la democracia y el estado de derecho en Turquía se iban deteriorando. Se pronunció enérgicamente contra las duras medidas de Ankara dirigidas a los medios de comunicación y a la oposición en el marco de un estado de emergencia de dos años de duración tras el intento de golpe de Estado de julio de 2016. Mientras tanto, un número cada vez mayor de políticos europeos, así como votantes de toda la UE, se oponen a que Turquía se incorpore a la Unión. Por otro lado, otros acontecimientos que tensaron los lazos también contribuyeron a que la UE no cumpliera sus promesas. Ankara ha estado en desacuerdo con las capitales de la UE por las medidas que ha adoptado en su lucha contra el PKK/YPG (Mandiraci, 2020).

El 28 de febrero de 2020 Turquía levantó los estrictos controles que ha aplicado a sus fronteras marítimas y terrestres con Grecia desde marzo de 2016, lo que condujo a miles de migrantes a dirigirse a la frontera para intentar cruzar a Europa. La decisión de Ankara se produjo apenas una hora después de que se conociera la noticia de que al

menos 34 soldados turcos habían muerto en Idlib, el último bastión controlado por los en el noroeste de Siria. Este acontecimiento exacerbó el temor de que la intensificación de los combates en Idlib empujaría a casi un millón más de sirios a Turquía para unirse a los cuatro millones de refugiados que el país acoge actualmente (Mandiraci, 2020).

La medida tomada por Ankara gozó de popularidad entre la ciudadanía turca, que está cada vez más cansada de las cargas socioeconómicas de la acogida de refugiados y que desean que estos últimos regresen a Siria, ya que los funcionarios turcos les prometieron que lo harán. Con los servicios sociales sobrecargados, el sentimiento anti migratorio está aumentando, y a veces estalla en violentos enfrentamientos en las ciudades con mayor densidad de refugiados. Los políticos turcos también están preocupados por el agotamiento de los recursos del país, así como por el retroceso interno en caso de que se produzca una nueva afluencia de refugiados de Idlib (Mandiraci, 2020).

Algunos observadores afirman que el gobierno eliminó las restricciones fronterizas para desviar la atención pública de las bajas militares en Idlib. Durante dos días después del ataque Ankara bloqueó el acceso de los usuarios de Internet a Twitter, Facebook, Instagram y YouTube, plataformas de redes sociales ampliamente utilizadas en el país. El 52,7 % de los ciudadanos turcos se opone a la intervención militar en Idlib, mientras que el 40 % la apoya, según una encuesta realizada por una empresa de sondeos turca tras la muerte de los 34 soldados. El porcentaje de apoyo ha descendido enormemente respecto al respaldo popular (que alcanzó el 80 %) a las tres operaciones anteriores de Turquía en el norte de Siria, llevadas a cabo entre 2017 y noviembre 2019. Estas operaciones tenían por objeto frenar las ambiciones de las Unidades de Protección Popular (YPG), la filial siria del Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK), este último calificado por Turquía, la UE y EE. UU. como organización terrorista. A pesar de que el Gobierno turco necesitaba una victoria en términos de relaciones públicas, tenía motivos más importantes para abrir las fronteras. Ankara dedujo que la medida serviría para presionar a la UE para que le brindase apoyo en Idlib y poder asegurar los fondos adicionales para los refugiados sirios en Turquía. También tenía por objeto obligar a la UE a cumplir el acuerdo de marzo 2016 por el que Turquía se compromete a limitar el

número de migrantes que cruzan a Europa a cambio de ayuda para los refugiados y otros incentivos (Mandiraci, 2020).

El acuerdo de migración de 2016 había estado pendiendo de un hilo mucho antes de Erdoğan hiciese realidad su amenaza de abrir las fronteras. Las autoridades turcas habían expresado su insatisfacción por el incumplimiento de tres de las disposiciones del acuerdo por parte de la UE: la liberalización de los visados, la mejora de unión aduanera y la aceleración de las negociaciones sobre la adhesión de Turquía. También han estado exigiendo más apoyo para la incursión de Ankara en Idlib, incluida la cobertura aérea para establecer una «zona segura», y una mayor ayuda humanitaria para los civiles desplazados en Siria, así como una mayor asistencia financiera para los refugiados sirios en Turquía. La táctica de Ankara parece haber llevado a la acción a la UE, temerosa de que se repita la crisis migratoria de 2015-2016. Se han celebrado una serie de cónclaves de alto nivel entre la UE y Turquía. (Mandiraci, 2020)

Además, y a pesar de la diplomacia de alto nivel, la decisión fronteriza tuvo un efecto paralizador en las relaciones entre Turquía y la UE en el momento en el que algunas capitales de los Estados miembros exploraban provisionalmente opciones para apoyar la intervención turca en Idlib, incluida una zona de exclusión aérea. Los diplomáticos de la UE afirman que sus gobiernos son reacios a hacer algo que pueda percibirse como una recompensa a Turquía por su comportamiento hostil. La UE ha prometido pleno apoyo a Grecia para ayudarla a «blindar» las fronteras de Europa (Mandiraci, 2020).

La táctica de Ankara puso de relieve una vez más la importancia de abordar la difícil situación de los migrantes vulnerables dispuestos arriesgar sus vidas en el peligroso viaje a Europa. El anuncio de la apertura de la frontera persuadió a miles de personas que vivían en Turquía a dirigirse a las islas griegas del Mar Egeo o a los cruces terrestres hacia Grecia, sin saber que la policía fronteriza griega les bloquearía el camino. Las autoridades griegas emplearon gases lacrimógenos, cañones de agua y balas de goma en tierra, y barcos de la guardia costera en el Egeo, para hacer retroceder a los migrantes. Grecia también suspendió el derecho a solicitar asilo, una decisión que,

según la ONU, carecía de base legal. Turquía afirma que más de 1.000 migrantes resultaron heridos y al menos cuatro muertos después de que la policía fronteriza griega abriera fuego contra los migrantes que cruzaban por tierra, acusación que fue negada por las autoridades griegas. Miles de personas permanecen atrapados en el cruce de Pazarjule/Kastanies, donde han instalado tiendas de plástico. En las islas griegas, donde (según datos de la ONU a fecha del 8 de marzo) han desembarcado al menos 1.8881 migrantes desde la decisión de Ankara, los campamentos permanecen superpoblados y las condiciones de vida son precarias (Mandiraci, 2020).

El creciente temor a la propagación de la Covid-19 en Europa ha alimentado la preocupación tanto por el movimiento incontrolado de personas como por las condiciones en los campamentos de migrantes. Varios políticos europeos han señalado las preocupaciones relacionadas con el virus para justificar los llamamientos a un control fronterizo más estricto, incluida la suspensión de los derechos de asilo (Mandiraci, 2020).

El acuerdo sobre migración podría describirse como un fracaso de la política de la UE. Si se tiene en cuenta que las relaciones entre Ankara y Bruselas han sido tan estrechas, han colaborado en numerosos ámbitos y en el impacto que tuvo Bruselas en la propia política interior turca durante el proceso de negociaciones para la adhesión, el acuerdo de migración constituye un fracaso de la política exterior europea que al final Erdoğan puede utilizar como moneda de cambio. La UE tiene un enorme potencial político como se ha visto en algunas crisis a las que se ha enfrentado, en las que los diferentes Estados miembros se han puesto de acuerdo a pesar de que se tratara de temas de gran complejidad. En este sentido, la UE debería haber elaborado una política más unificada, más coherente y más a largo plazo con Turquía para no perder esa gran influencia que tenía sobre el país (Rodríguez López & Mourenza, 2019).

## 7. CONCLUSIONES

El presente trabajo se ha centrado en la relación entre Turquía y la Unión Europea, así como en la profunda transformación a la que ha experimentado la nación turca en los últimos veinte años, aproximadamente. A la hora de determinar que teoría de las relaciones internacionales explica la, hasta ahora, fallida adhesión turca a la Unión, consideramos que los diferentes desarrollos que han tenido lugar entre ambos actores no se pueden explicar mediante una única teoría.

Por un lado, encontramos que la teoría neorrealista ofensiva refleja a la perfección los intereses de algunos países europeos, entre los que se encuentran Francia y Alemania a la cabeza, por evitar la incorporación de Turquía. No obstante, existen algunos otros países como España o el ex miembro Reino Unido que, por el contrario, se han mostrado partidarios de la adhesión de Turquía, aunque su posición también está en línea con sus propios intereses. Volviendo a los Estados miembros que se oponen a la integración del estado turco, cabe destacar que, en el caso en que Turquía fuese admitida en la Unión, Francia y Alemania, los dos socios principales y más poderosos de la Unión Europea, perderían gran influencia. Turquía es un país grande en términos demográficos, por lo que obtendría un número de votos de muy elevado –y quizás el mayor de aquí a unos años si tendencia demográfica continúa creciendo– en el Consejo Europeo. En este sentido, cuando estas potencias se dan cuenta de que Turquía se empieza a tomar en serio el camino hacia la adhesión y que comienza a poner en marcha una serie de reformas internas a todos los niveles, estas potencias comienzan a temer las futuras consecuencias de cara a sus intereses. Como resultado, deciden poner freno a las negociaciones de adhesión, que parecían avanzar por el buen camino. En este sentido, podríamos decir que Alemania y Francia representan los estados leones del *statu quo* de la UE, dado que son los principales beneficiarios de la misma y están dispuestos a pagar un elevado coste con tal de que Turquía no acceda a la Unión y entorpezca sus intereses. En este caso el elevado coste que tienen que pagar se traduce en una pérdida de la influencia que la UE ejerció sobre Turquía antes de que las negociaciones de adhesión se estancaran. El problema es que, quizás en 2007, cuando se materializa formalmente la oposición a la entrada de Turquía en la UE, Francia y

Alemania desconocían el giro que iban a tener los acontecimientos, así como que Turquía sería quien finalmente tuviese el arma apuntando hacia Europa. Arma, que en este momento, ha tomado la forma de acuerdo migratorio. A este respecto, dado que la UE no ha cumplido tres de las disposiciones establecidas en el acuerdo, Erdoğan ha decidido abrir sus fronteras marítimas y terrestres con Grecia, lo que ha dado paso a que miles de refugiados intentarán cruzar a Europa. Este acontecimiento ha demostrado que Turquía se encuentra tensando la cuerda a ver hasta dónde es capaz de llegar la UE con tal evitar la entrada masiva de refugiados.

Por otro lado, la Unión Europea ha camuflado su negativa a la adhesión turca bajo un conflicto de identidades –lo que se explica de acuerdo con a la teoría constructivista– y ha empleado la cultura musulmana como el principal elemento disuasorio. No obstante, la Unión Europea es un bloque político-económico construido a partir de identidades muy diversas, pero fundamentado en unos principios universales. Por lo tanto, como ya hemos visto en el estado de la cuestión, no es necesario que los miembros sean histórico-culturalmente próximos sino que, más bien, defiendan los mismos principios soberanos. De hecho, aunque determinados países, como Austria, Francia y Alemania, entre otros, consideren que las diferentes identidades impiden la integración europea, también se están olvidando de la riqueza cultural que supondría esta adhesión para la Unión. Además, en este sentido, el hecho de Turquía se incorporase a la Unión como miembro de pleno derecho también serviría como puente hacia Oriente Medio, con todas las ventajas a nivel económico y de seguridad que esto implica.

Turquía, por su parte, que alcanzó una gran modernización a nivel interno entre 2002 y 2007, ha pasado de convertirse en una democracia a retornar al autoritarismo, proceso que ha culminado con el cambio al régimen presidencialista llevado a cabo por Erdoğan en 2017. En este sentido, por muy enriquecedora que resultara su adhesión a nivel cultural, actualmente el estado turco no respeta los principios fundamentales en los que se fundamenta la Unión Europea, en concreto: la libertad, la democracia, el estado de derecho y los derechos humanos. Es por esto por lo que hoy en día no tiene cabida una nación turca dentro de la Unión europea.

Además, como hemos visto a lo largo del trabajo, Turquía tampoco ha luchado con demasiado ahínco por su adhesión a la Unión Europea durante los últimos casi veinte años. En un primer momento, y desde la fundación de la República en 1923, el país puso la mira en Occidente en aras de lograr modernizarse. Sin embargo, desde 2007/2008, cuando la relación turco-europea entra en un punto muerto, Turquía se ha fijado nuevos objetivos en Oriente Medio. Turquía está cansada de esperar eternamente una adhesión que, en el fondo, sabe que nunca llegará y, a raíz de este cansancio, ha optado por poner el foco en una región a la que le une un fuerte lazo: el Islam. En este sentido, Erdoğan ha jugado un papel determinante empujando a Turquía por el camino del revisionismo neo-otomano. De acuerdo Schweller, Turquía sería un estado chacal, que está dispuesto a incurrir en un coste elevado para defender sus posesiones y aumentarlas. No obstante, el estado turco siente aversión por el riesgo y, por ello, se caracteriza por su faceta oportunista. Lo que comenzó bajo el pretexto de una política de «cero problemas con sus vecinos» ha evolucionado hacia una intromisión en los asuntos internos de los países periféricos. Sin embargo, Turquía ha jugado muy rápido sus cartas y se ha adentrado en la boca del lobo: Siria. En este sentido, precisamente, como resultado de la intervención en la guerra civil siria, el estado turco ha perdido toda la influencia que tenía en Siria, así como también se ha deteriorado su relación con otros estados próximos, como Irak e Irán.

Asimismo, resulta interesante plantearse como será el porvenir de Turquía una vez que Erdoğan no se encuentre en el poder. De hecho, la oposición está ganando fuerza y ya gobierna en los ayuntamientos de las principales ciudades, como por ejemplo en Estambul, lo que ha generado cierta preocupación en el actual líder del país. En este sentido, sin Erdoğan a la cabeza del Estado –y sin sus planes revisionistas–, quizás exista una nueva perspectiva para el futuro de la relación turco-europea.



## BIBLIOGRAFÍA

- Akarsu, S. (s.f.). *The Effectiveness of Normative Theory, Defensive Neorealism, and Constructivism in Explaining International Relations*. George Washington University.
- Akşın, S. (2007). *Turkey. From empire to revolutionary republic. The emergence of the Turkish Nation from 1789 to Present*. Hurst.
- Akyol, M. (2009). What makes Turkish Islam unique? . En C. Arvanitopoulos, *Turkey's Accession to the European Union. An unusual candidacy*. . Springer.
- Altunışık, M. (2015). The AKP's Middle East Policy: Admire Domestic and Regional Challenges. En V. Talbot, *The Uncertain Path of the "New Turkey"*. Milán: Instituto per gli Studi di Politica Internazionale.
- Aydin-Düzgüt, S., & Tocci, N. (2015). *Turkey and the European Union*. Red Globe Press.
- Ayoob, M. (1989). The Third World in the System of States: Acute Schizophrenia or Growing Pains? *International studies Quarterly*(33), 67-79.
- Bilgin, P. (2011). Security dimension. A clash of security cultures? Differences between Turkey and the European Union revisited. En A. Emre Çakir, *Fifty years of EU-Turkey relations. A Sisyphean story*. Routledge.
- Cengiz, F., & Hoffmann, L. (March de 2012). Rethinking conditionality: Turkey's EU Accession and the Kurdish question. *Tilburg University Discussion Paper*. Tilburg University .
- Charlemagne. (25 de July de 2019). *The Economist*. Obtenido de The EU's relationship with Turkey is failing: <https://www.economist.com/europe/2019/07/25/the-eu-relationship-with-turkey-is-failing>
- Chislett, W. (2004). *Adhesión de Turquía a la Unión Europea: ¿Una rosa o una espina?* Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos.
- Chislett, W. (2015). *Turkey's 10 years of EU accession negotiations: no end in sight*. Real Instituto Elcano .
- David, S. (1991). Explaining Third World Alignment. *World Politics*(43), 233-256.
- Dokos, T. (2009). Turkey and European Security. En T. A. Candi

dacy., *Arvanitopoulos, Constantine*. Springer.

Dunne, T. (2008). Good citizen Europe. *International Affairs*(84(1)), 13-28.

Edelman, E. (s.f.). «*Turkish P.M. Erdogan Goes to Washington: How Strong a Leader in the Face of Strong Challenges*. ((. d. Ankara), Productor) Obtenido de WikiLeaks: [https://wiki-leaks.org/plusd/cables/04ANKARA348\\_a.html](https://wiki-leaks.org/plusd/cables/04ANKARA348_a.html)

Elman, C. (1996). Horses for Courses: Why Not Neorealist Theories of Foreign Policy? *Security Studies*(6), 7-53.

Emre Çakir, A. (2011). *Fifty years of EU-Turkey relations*. Routledge.

European Commission. (2019). *Turkey 2019 Report*. European Commission. Brussels: European Commission.

Ferrero-Waldner, B. (2 de February de 2006). The EU in the World. *European Policy Centre Breakfast Briefing*. Brussels, Belgium.

Frankel, B. (1996). Restating the Realist Case: An Introduction. *Security Studies*(5).

Fuat Keyman, E., & Önis, Z. (2007). *Turkish Politics in a Changing World. Global Dynamics and Domestic Transformations*. . Istanbul .

Gaddis, J. (1987). *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War*. Oxford: Oxford University Press.

Gilbert, F. (1961). *To the Farewell Address: Ideas of Early American Foreign Policy*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.

Glaser, C. (s.f.). Realists as Optimists: Cooperation as Self-Help . *International Security*(19), 50-90.

Grieco, J. (1990). *Cooperation Among Nations: Europe, America, and Non-Tariff Barriers to Trade*. Ithaca: Cornell University Press.

Hubel, H. (2004). The EU's Three-level Game in Dealing with Neighbours. *European Foreign Affairs Review*.

Huntington, S. P. (1993). The Clash of Civilizations. *Foreign Affairs*, 72(3), 42-45.

Jerez Ríos, A. (2012). The trauma of Sèvres and the Lausanne Treaty . *The Turkish accession in the European Union and the Kurdish question*. Frankfurt, Alemania: Europa Viadrina Universität.

- Jervis, R. (1978). Cooperation under the Security Dilemma. *World Politics*(30), 167-214.
- Jervis, R. (1979). Systems Theories and Diplomatic History. En P. G. Lauren, *Diplomacy: New Approaches in History, Theory and Policy*. (págs. 212-244). New York: Free Press.
- Jervis, R. (1999). Realism, Neoliberalism, and Cooperation: Understanding the Debate. *International Security*(24), 42-63.
- Jervis, R., & Snyder, J. (1991). *Dominoes and Banwagons: Strategic Beliefs and Great Power Competition in the Eurasian Rimland - Vol. 8*. New York : Oxford University Press.
- Kinvall, C. (1995). *Cultural Diffusion and Political Learning: The Democratization of China* . Lund: Studentlitteratur.
- Kirisci, K. (2010). Turkey's Kurdish challenge. En R. Lowe, & G. Stansfield, *The Kurdish policy imperative* (pág. 65). Royal Institute of International Affairs.
- Layne, C. (2006). The Unipolar Illusion Revisited: The Coming End of the United States' Unipolar Moment. *International Security*(31), 7-41.
- Lobell, S. E. (March de 2010). *International Studies Association and Oxford University Press*. Obtenido de Structural Realism/ Offensive and Defensive Realism : <https://oxfordre.com/internationalstudies/view/10.1093/acrefore/9780190846626.001.0001/acrefore-9780190846626-e-304>
- Lynn-Jones, S. (1995). Offense Defense Theory and its Critics. *Security Studies*(4), 660-691.
- Mandiraci, B. (13 de March de 2020). *Sharing the Burden: Revisiting the EU-Turkey Migration Deal* . Obtenido de International Crisis Group: <https://www.crisisgroup.org/europe-central-asia/western-europemediterranean/turkey/sharing-burden-revisiting-eu-turkey-migration-deal>
- Manners, I. (2002). Normative Power Europe: A Contradiction in Terms? *Jornal of Common Market Studies*(40(2)), 235-58.
- Manners, I. (2006). Normative Power Europe reconsidered: beyond the crossroads. *Journal of European Public Policy*(13(2)), 182-199.
- Manners, I. (2008). The normative ethics of the European Union. *International Affairs*(84(1)), 46-60.

- Manners, I. (2009). The Concept of Normative Power in World Politics. *DIIS BRIEF*.
- Manners, I., & Whitman, R. (1998). Towards Identifying the International Identity of the European Union: A Framework for Analysis of the EU's Network of Relations. *Journal of European Integration*, 21(2), 231-249.
- Mills, A. (2010). Streets of Memory. Landscape, tolerance, and national identity in Istanbul. *Streets of Memory. Landscape, tolerance, and national identity in Istanbul*. University of Georgia.
- Mourenza, A., & Topper, I. U. (2019). El Golpe Posmoderno. En A. Mourenza, & I. U. Topper, *La democracia es un tranvía. El ascenso de Erdogan y la transformación de Turquía*. Barcelona: Ediciones Península.
- Reus-Smit, C. (2005). Constructivism. En S. Burchill, A. Linklater, A. Devetak, J. Donnelly, M. Paterson, C. Reus-Smit, & J. True, *Theories of International Relations* (págs. 194-211). Hampshire: Palgrave MacMillan .
- Risse, T. (2000). "Let's Argue!": Communicative Action in World Politics. *International Organization*, 54(1), 1-39.
- Rodríguez López, C., & Mourenza, A. (25 de Noviembre de 2019). Turquía. Bisagra entre Europa y Oriente Medio. (A. San José, & I. Alfonso, Entrevistadores)
- Saktanber, A. (1997). Formation of a middle-class ethos in its quotidian: revitalizing Islam in Urban Turkey. En A. Öncü, & P. Weyland, *Space, Culture and Power. New identities in globalizing cities*. Zed Books.
- Schweller, R. L. (1994). Bandwagoning For Profit: Bringing the Revisionist State Back In. *International Security* , 19(1), 72-107.
- Soler i Lecha, E. (2019). *EU-Turkey Relations. Mapping landmines and exploring alternative pathways* . Foundation for European Progressive Studies .
- Snyder, J. (1991). *Myths of Empire: Domestic Politics and International Ambition*. Ithaca: Cornell University Press.
- Taliaferro, J. (2000/01). Security Seeking under Anarchy: Defensive Realism Revisited. *International Security*(25), 128-161.
- Theys, S. (2017). Chapter 4 - Constructivism. En M. Stephen, R. Walters, & C. Scheinplug, *International Relations Theory* (págs. 36-41). Bristol, Reino Unido: E-International Relations Publishing.

- Turkish Coalition of America. (26 de abril de 2007). *Turkish Coalition of America*.  
Obtenido de Cyprus and the Annan Plan: <https://www.tc-america.org/issues-information/cyprus/cyprus-and-the-annan-plan-136.htm>
- Van Evera, S. (1984). The Cult of the Offensive and the Origins of the First World War. *International Security*(13), 58-107.
- Yildiz, K., & Muller, M. (2008). *The European Union and Turkish accession. Human Rights and the Kurds*. Pluto Press.
- Walt, S. M. (1987). *The Origins of Alliances*. Ithaca: Cornell University Press.
- Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. New York: Random House.
- Wendt, A. (1995). International Security. En A. Wendt, *Constructing International Politics* (págs. 71-81).
- Whitehead, L. (1996). *The International Dimension of Democratization: Europe and the Americas*. Oxford: Oxford University Press.
- Whitman, R. (1998). *From Civilian Power to Superpower? The International Identity of the European Union*. Basingtoke: Macmillan.
- Zürcher, E. J. (2010). *Turkey, a modern history*. I.B. Tauris.